La Princesa de la Alhambra

Fotos, textos, diseño y maquetación
© José Gómez Muñoz / Granada, ESPAÑA

¿Alguna vez en tu vida has sentido la necesidad de hacer algo importante por una persona querida? ¿Alguna vez en tu vida has sentido la necesidad de perpetuar en tu recuerdo, en el tiempo y en la eternidad a esta persona amada?

Los rincones de la Alhambra

Poesía y prosa, verano, otoño, invierno

17- En el extremo de la colina
18- Tú sabes que entre la Puerta del Vino
19- En la tarde del 12 de agosto
20- Pronto llegará el otoño
21- Ayer por la tarde
22- Según se entra
23- En el jardincillo pequeño
24- Por el exterior
25- Cuando estabas por aquí
26- El viejo olmo
28- En la tarde del veintidós de agosto

30- Actualmente se le conoce

34- De los cuatro árboles

39- Junto a la casa para “Visitantes”

41- Ya es seis de septiembre
42- Cuando ya la calle real de la Alhambra
43- La calle Real de la Alhambra, sigue

45- A la derecha de la plaza
46- En la primera parte del patio

Otoño

47- En la alberca rectangular

Desde el rincón pequeño

27- Hay un rinconcillo
29- Hoy, veintidós de agosto
31- Desde el rincón pequeño
32- El paseo que recorrías
33- Tu palacio por los rincones
35- el rinconcillo se forma
36- No lejos del rinconcillo
37- Ya se está acabando el verano

38- ¿Sabes?
40- A pesar del tiempo que ha transcurrido
43- Trece de septiembre
44- Cuando cae la tarde
48- Hoy es ya uno de octubre

A modo de conclusión

LA PRINCESA DE LA ALHAMBRA

A modo de aclaración

De todos lo libros que se han escrito de Granada y sobre Granada, dicen que el más famoso y bello es: “Los Cuentos de la Alhambra”. Lo escribió Washington Irving y en este libro recogió un puñado de leyendas, historias y cuentos relacionados con el castillo de la colina roja. Pero éste, hoy inmortal escritor, no recogió en su libro la más hermosa de las historias que ha tenido lugar en los paisajes, jardines y palacios más bellos y famosos del mundo: la Alhambra. Y no pudo recogerla porque esta historia se ha sabido tiempos después de la presencia Irving en Granada.

Conocida es esta leyenda con el título de “La Princesa de la Alhambra”. Y por lo que se sabe, en tiempos muy lejanos, al parecer, hubo una princesa que vivió, paseó y soñó en los palacios, paisajes, jardines y fuentes de la Alhambra. Siendo ella todavía joven, tuvo que marcharse a otras tierras muy lejanos. Nunca más volvió. De esto hace ya mucho tiempo. Y también hace ya mucho tiempo, de esta princesa, estuvo enamorado un príncipe.

Y cuenta la leyenda que tan enamorado estaba de su princesa que, aunque también hace ya mucho tiempo que vivió y murió, aun sigue presente por aquí. En forma de espíritu o fantasma que solo algunas personas han visto. Y por eso se dice que cada tarde, tanto en verano, como en otoño, en invierno o primavera, este príncipe sigue paseando por algún rincón de la Alhambra. Siempre solitario y siempre recordando a su princesa. Visitando los sitios por donde ella caminó o estuvo y escribiendo sus recuerdos y sentimientos en forma de versos y relatos.

Para no olvidarla nunca y para inmortalizarla. Y siempre con la ilusión de volver a encontrarse con ella.

Claro que yo tampoco he tenido la suerte de conocer a La Princesa de la Alhambra pero sí, por las cosas del destino, he podido leer algunas de las páginas que este príncipe escribió a su amada. Porque en mis manos tuve un día y aun conservo un pequeño cuaderno, muy antiguo y color oro viejo. ¿Que cómo fue esto y de qué manera? En parte es lo que quiero narrar a continuación. Porque ahora lo que más me interesa es dar paso, o más bien transcribí de la mejor manera que sé y pueda, algunas de las cosas que encontré en las páginas del cuaderno que he dicho. Lleva por título el mismo que he puesto al comienzo de este libro: **La Princesa de la Alhambra**.

Y para orientar este relato, voy empezar por el principio. Prometiendo ser lo más claro posible y describiendo todos los detalles para que se entienda bien la historia que deseo narrar. Y la leyenda comienza y se desarrolla como sigue:

El príncipe de la túnica azul

La primera vez que lo vi fue una tarde de verano. Una muy calurosa tarde, casi a mediados de agosto, con el cielo completamente azul, sin pizca de viento que se moviera y con un gran concierto de chicharras atolondrando por todas partes. Todo respirando y transmitiendo monotonía y bochorno, como tantas y tantas tardes en los largos veranos de Granada.

Por eso, aquella ardiente tarde estival, buscando un poco de alivio, me fui por la Carrera del Darro. Paseo hermoso donde los haya y el más visitado y recorrido en esta mágica ciudad. Muchos lo llaman “El paseo romántico más bello del mundo” y, aunque creo que no en para tanto, sí podrían tener algo de razón. Discurre este paseo desde Plaza Nueva, todo el río Darro arriba hasta la misma Fuente del Avellano. A la izquierda, según se remonta, van quedando las callejuelas, palacios y casa del Albaicín Bajo y a la derecha, el cauce del río, los viejos puentes, un trozo del original barrio Almanzora y luego la colina de la Alhambra, con su bosque y el gran palacio en todo lo alto. Por eso, aquella tarde y mientras recorría este bonito paseo, iba en todo momento acompañado por el chirriar monótono de las chicharras.

Llegué al último tramo del recorrido, una hermosa plaza, muy conocida en Granada con el nombre de Paseo de los Tristes. Desde este sitio se ve muy bien la Alhambra en todo lo alto, el bosque que por el lado norte le protege, el barranco por donde desciende un riachuelo con aguas muy claras, los álamos meciéndose junto a las torres de la muralla y la gran Torre de la Vela y la de Comares. Entre estas dos majestuosas torres, las que

más destacan e imponen vistas desde el Paseo de los Tristes, hay otras torres menos importantes. Se les conocen con el nombre de Torre de las Armas, Torre del Homenaje y Torre de las Gallinas. Esta última, ya muy próxima a la Torre de Comares, parece que es la de menor categoría, por su tamaño y poco publicitada en las guías para los turistas. Pero tengo que decir que, según lo que hasta hoy sé, la pequeña Torre de Las Gallinas, no es tan insignificante como parece.

Y sí es cierto que la Torre de la Vela y la de Comares, son las más famosas en todo el conjunto de la Alhambra. Y lo son, claro que por su belleza y robustez pero también por lo mucho que destacan. Se les ve claramente desde muchos de los rincones de la ciudad de Granada, parte del barrio del Albaicín, Sacromonte y este paseo del Darro. De aquí que, una visita al rincón del Paseo de los Tristes, no solo sea placentera por la luz y fresco en verano sino que es muy obligada para gozar de la vista de las dos torres que he dicho.

Recorrí despacio la plaza, me paré unos minutos junto a la fuente que hay en el centro, observé a las personas ir y venir y a las que también por aquí se entretenían en sus cosas: algunos cantando para luego pedir unas monedas, otros leyendo sentados en el muro del río, unos pocos tomando algo en las terrazas de los bares que por aquí hay y muchos haciendo fotos a la Alhambra. Porque este lugar, además de todo lo que he dicho, también es muy bueno para hacer fotos y pintar cuadros. Cosa que, des vez en cuando, algunos hacen. Y también dibujan o escriben algo. Yo mismo, practico esta activada en algunas ocasiones. Por eso repito que este rincón, famoso Paseo de los Tristes, no se parece a ningún otro en toda la ciudad de Granada.

Di por terminado mi breve parada y seguí subiendo. Dejé atrás el recinto de la plaza, también la fuente y el trozo de muro donde algunas chicas sentadas charlaban y me fui acercando al puentecillo. El último puente de piedra que el río Darro tiene por aquí y que se le conoce con el nombre de “Puente del Aljibillo”. A la sombra del almez que aquí mismo crece, clavando sus raíces en el muro de piedra, me detuve un momento. Es un sitio éste muy, pero que muy bello. El almez tiene ramas muy espesas y eso hace que dé una sombra única. Densa y algo oscura, cosa que en verano es lo que más se desea. También alegra la corriente del río que se ve perfectamente desde aquí y la visión del bosque que chorrea desde la Alhambra.

Unos minutos después también dejé atrás la sombra del almez, terminé de cruzar el puente, me vine un poco para el lado de la izquierda, me alejé del cauce del río y busqué el camino de tierra. Sí, el que enseguida empieza a remontar como si pretendiera adentrarse en lo más profundo de la ladera. La pendiente que cae, tupida de monte y muy inclinada, desde el Generalife para el río Darro. Y por eso a esta ladera se le conoce con el nombre de “Dehesa del Generalife”. También propiedad del Patronato de la Alhambra y Generalife. De aquí que en esta ladera, parte del río, la cumbre del Llano de la Perdiz y tierras cercanas al Paseo de los Tristes, la vegetación sea muy densa, robusta y alta. Y de aquí que estos bosques, en cuanto el otoño llega, se llenan de asombrosos colores.

Hoy no era así porque todavía el verano estaba muy presente. Pero yo, fui poco a poco tomando la cuestecilla que va llevando al centro de la asombrosa ladera. Y, en unos metros, comencé a dejar a mi derecha y lado de arriba, las paredes y jardines del Carmen de los Capiteles. Sí, uno de los cármenes más grandes y bellos

de toda Granada. Pero, por desgracia, imposible de conocer por dentro. Es de propiedad privada. Sin embargo, siempre que paso por aquí, me quedo mirando y sueño que algún día pueda conocerlo, si tengo suerte.

En unos minutos remonté la pequeña cuesta en el camino de tierra y comencé a toparme con la ladera. El sol me daba por las espaldas quemando con fuerza y por eso, comencé a sudar mucho. No le di importancia pero, en cuanto llegué a la parte llana, busqué una buena sombra para descansar y reponerme un poco. La encontré en un almez que crece justo al borde del camino, unos metros antes de la Fuente del Avellano y en el mismo surco del arroyuelo que baja de la Silla del Moro. Aquí y a la sombra de este árbol, volví a detener mis pasos con la intención que ya he dicho y por eso busqué el sitio apropiado y me senté. Justo al borde del camino, mirando al río y procurando que el leve vientecillo me refrescara. Con el sudor que ya empapaba gran parte de mi cuerpo, aunque solo hubieran sido unas briznas de viento, sabía que me iban refrescar mucho. Y, en tan calurosos días del verano en Granada, un alivio tan natural, es lo que más apetece.

Por este camino, paseo tranquilo y bello que lleva y trae a la famosa Fuente del Avellano, siempre va y viene mucha gente. Buscando simplemente lo que yo: escapar un poco de la monotonía de la tarde y disfrutar la naturaleza de estos sitios. Pero aquel día nadie caminaba por aquí. Todo se veía por completo solitario y en su característico silencio. Tranquilidad que solo quedaba empañada por el canto de las chicharras y los trinos de algunos pajarillos. Pensé que, como yo, se refugiaban entre las ramas del bosque para soportar algo mejor las altas temperaturas.

Y, un poco ocupado en mis cosas y otro poco entretenido con los paisajes, río arriaba hacia la Fuente del Avellano estaba yo, cuando me alertaron los chillidos de un mirlo. Levantó vuelo de entre la espesura de unos álamos, unos cien metros camino arriba hacia la fuente, y se vino rápido para donde me encontraba. No me había visto y, por eso, al llegar al árbol que me daba sombra y descubrirme, más rápido aun se alejó para la profundidad del bosque en la ladera, sin dejar de chillar. No le di importancia pero sí, por curiosidad, miré para el lado de donde había arrancado vuelo. Ya he dicho que fue cerca las tierras que rodean a la Fuente del Avellano, hondo surco del río Darro y por donde Jesús del Valle y Abadía del Sacromonte.

Y lo vi: despacio caminaba, bajando desde la fuente. Venía solo, cubierta su cabeza y casi toda su cara, con un sombrero de paja, vestido con una camisa gris ceniza y con un saco acuestas. Me quedé mirándolo y esperé a que se acercara. No tardó tres minutos en aproximarse. Siguiendo el camino, pasó muy cerca de mí por el lado derecho y no me vio. Yo estaba sentado algo metido en el surco del arroyo y entre algunas matas de romero y aulagas. Quizá por esto ni me saludó ni se paró. Tal como lo había visto acercarse, siguió su camino, metido en sí y como si llevara en su mente algún asunto importante. Por mi parte, tampoco hice por saludarlo. Me infundio cierto respeto.

Pero, bastante interesado me fijé en él, procurando ver su cara y no pude. La llevaba muy tapada con parte de su sombrero de paja. Sin embargo, sí me fijé bien en su figura, sus movimientos y en el saco color rastrojo, algo dorado y oro viejo, que llevaba acuestas. Y claro que, mientras lo seguía con mi vista, me preguntaba quién sería y qué llevaría en el saco que portaba. Llamaba mucho la atención. Por eso no aparte mi vista de él hasta

que lo perdí en la curva del camino, unos cincuenta metros más abajo y dirección al Carmen de los Capiteles y Paseo de los Tristes.

En este momento, estuve tentado de levantarme y, en lugar de continuar subiendo para la Fuente del Avellano, retroceder sobre mis pasos y seguirlo. Algo en mi interior, parecía empujarme a saber más de él. Y, sobre todo, me apetecía averiguar a dónde iba y qué era lo que llevaba en el saco color caña. No me atreví por que algo, también dentro de mí, me decía que no debía molestarlo. Por eso, durante un buen rato, estuve mirando hacia la curva por donde se me había perdido y luego miré para el lado de donde se me había aparecido. Sabía y sé que, por el hondo barranco que por ahí talla el río y laderas de la Fuente del Avellano, hay muchas cuevas. Excavadas en la torrentera y muy camufladas entre higueras, álamos y zarzas. Pensé que quizá viviría en alguna de estas cuevas.

Una semana más tarde, justo también en un muy caluroso día y poco antes de que se pusiera el sol, lo vi por segunda vez. En el puentecillo de piedra, a la sombra del almez que clava sus raíces en el muro del río, estaba yo sentado. Sí, en el puentecillo que cruza, desde el Paseo de los Tristes a la explanada que hay delante del edifico Rey Chico. El del Aljibillo que es el mismo que ya dije, da paso al camino de la Fuente del Avellano.

Desde aquella primera tarde que lo vi, no podía dejar de pensar en él. Por las noches, antes de coger el sueño, por las mañanas, al asomarme a la ventana, al mediodía y por las tardes. Y por esto y, desde aquel día, volví varias veces al mismo puentecillo, al camino de la Fuente del Avellano y a la Cuesta del Rey Chico. Algo me seguí diciendo que otra vez podría encontrarlo. Y algo en

mi interior, también me seguía diciendo que en él había algún misterio maravilloso.

En esta segunda tarde, la sombra del almez me refrescaba y el airecillo me regalaba su caricia sobre un pequeño mar de silencio. Y, me distraía observando a las personas pasar, mirando a la corriente del río y esperando verlo asomar por el mismo camino. Y lo vi. Ya casi no quedaba sol porque se ocultaba tras las torres de la Iglesia de San Pedro. Al fondo del río Darro y al fondo de Granada y de su Vega. Por eso, sobre la colina, la muralla y torres de la Alhambra, se iban tiñendo de color vivo, oro, sangre y fuego. Siempre, al caer las tardes, la Alhambra parece transformase en extraña y a la vez mágica hada que quisiera arrancar vuelo para irse a otras partes del Universo. Y, vista desde este puentecillo, la Alhambra y al caer las tardes, es como el más bello de los sueños.

En esta visión estaba yo distraído cuando, al mirar para el comienzo de la cuesta, lo descubrí. De espaldas ya y comenzando a subir por la callejuela que abre paso a la Cuesta del Rey Chico. Enseguida pensé que había llegado por el mismo camino de la Fuente del Avellano y yo, aunque estaba esperándolo, como también me encontraba distraído en la tarde y sus luces, no lo advertí hasta que ya subía por el camino.

Me dio un vuelco el corazón y, en esta ocasión, sí me dispuse a seguirlo. Vi que a sus espaldas llevaba el mismo saco dorado, color rastrojo y oro viejo, en su cabeza y parte de su cara, el mismo sombrero y vestía la misma ropa. Pero, como subía dándome las espaldas y lo tenía un poco lejos, tampoco podía ver su rostro. Los últimos rayos de sol de la tarde, muy semejantes al oro líquido o pequeñas lenguas de llamas, se concentraban sobre el saco que portaba a sus espaldas. Y, como el color del saco era semejante a rastrojo añejo, la luz del

sol parecía prenderle fuego. Por eso desprendía un brillo tan intenso que me dejaba un poco ciego y no permitía que lo viera a él con claridad.

Sin pensarlo mucho, dejé la sombra del almez, comencé a caminar en busca de la cuesta, fijos mis ojos en él, con el deseo de alcanzarlo. Y, aunque no caminaba muy aprisa, sí enseguida se me perdió en la primera esquina de la Cuesta del Rey Chico. Aligeré mis pasos a fin de acortar distancia y volverlo a ver en cuanto llegara a la esquina. En tan solo unos minutos me encajé en esta esquina y comencé a ver la pequeña recta que hay en los primeros metros del camino. Pero a él no lo encontré. Aligeré más y, sin dejar de escrutar la recta, comencé a dejar atrás las casas, las plantas que rebosan por encima de las tapias y la sombra de las higueras que hay en los patios de estas casas. Descubrí enseguida el follaje de zarzas y álamos que crecen en el barranco que desciende desde la colina de la Alhambra y lo único que vi fue el camino solitario. Pensé que si me daba más prisa, podría encontrarlo tras la siguiente curva que la cuesta traza para la izquierda, pared por donde se amontonan las chumberas.

Pero, detrás de esta segunda curva, Placeta del Rey Chico, lo único que a la izquierda encontré fue una cancela de hierro que sirve de puerta a las últimas casas que hay por aquí. Estaba abierta y por eso, con cuidado y mirando por si veía a algunas de las personas que ocupan estas viviendas, empujé y entré. Al pequeño espacio que, en forma de patio al aire libre y entre parras, higueras, rosales y otras plantas, acoge a los lados, las puertas de varias viviendas. Un grupo de vecinos, casi todos familiares entre sí, que por su cuenta y sin respetar muchas normas de arquitectura, se han levando aquí sus hogares. Vi que todas las puertas estaban cerradas y el silencio era total. Avancé un poco y me aproximé a la

terraza. Donde hay un sencillo mirador, con sillas y baranda de hierro y muchas macetas con flores. La baranda protege para no caer al vacío del primer tramo de la cuesta que acababa de recorrer.

Por que sí, es esto un pequeño balcón y al mismo tiempo mirador desde donde se puede observar todo el Paseo de los Tristes, el surco por donde discurre la corriente del río Darro, el Puente del Alijillo y, algo más arriba subiendo por la Cuesta de Chapiz y a la derecha, el palacio de los Cordovas y laderas del Sacromonte hasta la Abadía. Desde esta zona y algo para la derecha, se ve muy bien la vieja muralla del barrio del Albaicín, las cuevas que hay por la ladera de San Miguel Bajo, las calles y casas del Albaicín, por esta ladera. También subiendo por la Cuesta del Chapiz y a la izquierda, desde el sencillo balcón en la puerta de las casas al comienzo de la Cuesta del Rey Chico, se ve la calle de San Juan de los Reyes, el Carmen de la Victoria, el Mirador de San Nicolás y gran parte de la extensa ladera del Albaicín Bajo. Por donde abundan los cármenes repletos de cipreses, higueras, almeces y muchos rosales. Más al fondo y este lado de la izquierda, se veían las torres de varias iglesias: San Juan de los Reyes, San Miguel Bajo, San José, San Pedro… Desde luego, una muy hermosa panorámica para hacerse una idea y gozar de esta grandiosa parte de Granada.

Durante un buen rato estuve asomado a este balcón, recreándome en las bonitas vistas y rincones que desde aquí se ven. Y, mientras me ocupaba en esto, no dejaba de pensar en él y en su presencia por estos lugares de Granada. ¿Por qué, de algún modo y secretamente, mi corazón me decía que estaba conectando con todos estos sitios? Al menos, así creí yo que mi corazón me lo anunciaba.

De pronto, a mi derecha y también derecha del balcón y lado que da para donde la Fuente del Avellano, la puerta de una casa se abrió. La última casa, en este espacio alzado sobre la ladera del Generalife, de las siete u ocho recogida alrededor del pequeño patio tupido de plantas. Al oír el ruido que produjo al abrirse, miré. Descubrí la pequeña terraza, arropada a un lado y otro por multitud de plantas con muchas flores, jaulas con pequeños pajarillos colgadas en los lados de la puerta, un perro muy enano que, al salir de la estancia, se vino hacia mí ladrando. Y detrás salió una muchacha que directamente me saludó. Le correspondí y enseguida sentí la necesidad de disculparme. Porque era cierto que me había metido en un rincón muy particular, sin pedir permiso. Muy amable, ella me dijo:
- No se preocupe. Por aquí vienen muchos turistas para hacer fotos, desde el balcón, a los paisajes, flores del patio y también a las puestas de sol. Lo que más les gusta a ellos es la figura de la Alhambra recortada en lo más alto de la colina. Dicen que se parece mucho a la fantasía de un sueño único. Yo, como todos los días y a todas las horas la estoy viendo, no me impresiono tanto.
- Lo entiendo. Pero por mi parte, como al pasar vi la cancela abierta, sentí la tentación de entrar.
- Tranquilo y haga todas las fotos que quiera.
- No son fotos lo que busco sino a una persona.

Y, despacio le expliqué lo del hombre del saco y por qué venía por aquí buscándolo. Luego le pregunté:
- ¿Lo has visto en algún momento?
- No vive en ninguna de estas casas. Pero sí varias tardes, desde hace mucho tiempo, lo he visto subir por la Cuesta del Rey Chico. No lo conozco y por eso no sé quién es ni dónde vive ni qué es lo que busca por aquí.
- ¿Y lo viste siempre con el saco?

- Un saco color oro pálido o miel recién sacada de las colmenas, que siempre trae acuesta y un sombrero de paja que le cubre parte de la cara.
Le di las gracias y me disculpé de nuevo.

Después, comentamos algunas cosas más y, pasado un buen rato, le volví a dar las gracias, regalé una caricia al pequeño perro, salí fuera de la terraza, del patio y del pasillo que va a cada una de las casas y atravesé la puerta de la cancela de hierro. Al volver a pisar el empedrado de la Cuesta y Placeta del Rey Chico, me di cuenta que el sol ya se ponía por completo, al fondo, al otro lado de la colina de la Alhambra y sobre Granada. Por eso, por el mismo tramo y cuesta, comencé a bajar dirección al Puente del Aljibillo. Las farolas que hay en la callejuela y primer tramo de la Cuesta del Rey Chico, se encendieron. Por entre los álamos y vegetación en el barranco que baja desde la colina de la Alhambra, se oía el canto de algunos mirlos. La oscuridad, por este arroyo y bosques de la ladera norte de la Alhambra, comenzaba a extender su capa.

Decidí volver y esto hice. Regresé por el mismo camino, ahora cuesta abajo hasta el puentecillo, lo crucé, recorrí el ancho espacio de la plaza en el Paseo de los Tristes y continué bajando por la Carrera del Darro. Ya por aquí las farolas de la calle proyectaban cálidos abanicos luminosos y las personas se animaban. Con el fresco, en cuanto el sol se pone en las tardes de los veranos en Granada, las personas se animan mucho y salen a pasear. Por eso, a estas horas del día y momentos, algo mágico ocurre en muchas calles, rincones y plazas de esta ciudad y personas que por aquí transitan.

Tres días más tarde, una vez más, regresé al rincón de la Cuesta del Rey Chico. Con el deseo de

volverlo a ver para, por fin, acercarme a él, conocerlo y saber el misterio de su saco color miel recién sacada de las colmenas. Y, en esta ocasión no me paré ni en la plaza del Paseo de los Tristes ni en la Placeta del Rey Chico. Metido en mí y con mis pensamientos ocupados en su figura, caminé y recorrí el primer tramo de esta empinada cuesta. Mirando con mucha atención, sobre todo, por el trozo de camino que va desde la placeta de la cancela de hierro, hasta el rellano de los olivos. Es este trozo de camino el más inclinado, un poco tortuoso y, como discurre empedrado en muy malas condiciones por ser antiguo, la subida es pesada. Aunque aun así, este tramo de la Cuesta del Rey Chico, es muy bello.

Discurre encajado, por la derecha, con la muralla que protege al bosque de la ladera norte de la Alhambra. Junto a esta muralla, pero por el lado de adentro, corre el arroyuelo que se funde con el río Darro a la altura del Paseo de los Tristes. Arroyuelo por el que descienden las aguas que le sobra a la Acequia Real de la Alhambra. No toda, pero sí la que no se usa en las dependencias y jardines de los monumentos de la colina.

Y por la izquierda, según se remonta la empinada cuesta que vengo diciendo, escoltan grandes torrenteras de graba, tierra roja y muchas chumberas. Sí, porque este camino fue excavado en las mismas entrañas de la ladera del Generalife. Aprovechando la depresión del surco del arroyo y por eso sube tan pegado a este cauce y tan pendiente. Por esto también queda tan encajado, a un lado y otro mientras remonta, por la torrentera de la graba y las chumberas.

Sin embargo, no se me hizo a mí pesado ni largo el recorrido de este trozo de ruta. No, porque continuamente iba mirando con el deseo de verlo. También porque, de vez en cuando, me paraba. A descansar un poco para

aliviarme del calor de la tarde y a contemplar las bellas vistas que iban quedando a mis espaldas. Y la más hermosa, es la que se abre sobre el barranco del río Darro. Con toda claridad y esplendor, se ve al barrio del Albaicín coronando, aplastado y chorreando en el cerro frente a la colina de la Alhambra. Y, al caer las tardes, con los rayos del sol dándole segados, las casas y árboles del Albaicín, presentan una belleza única. Y más. Observada desde esta Cuesta del Rey Chico.

Ocupado en esto, pensando en él celebrando el encuentro, casi sin advertirlo, recorrí la cuesta, me encajé en el pequeño rellano de los olivos, unos metros antes del final del todo. Donde a la izquierda queda otra cancela de hierro que cierra el paso a un camino también muy bello. Es este uno de los caminos que, antiguamente, daban entrada al recinto del Generalife. Por donde, desde los palacios reales, los monarcas pasaban a las estancias del Generalife. Por eso, aquí mismo y a la derecha, hay otra pequeña puerta en la muralla. Es también la puerta que cierra el paso al camino que llega desde los palacios. Dos puertas, cancelas de hierro, una a cada lado, cortando el paso hacia el Generalife y hacia la Alhambra. Aunque el puentecillo todavía sigue aquí. Sí, un puentecillo muy bajo y antiguo que sirve y servía para cruzar la corriente del arroyuelo. Arropado por la sombre de la muralla y por las espesas ramas de higueras, olivos y álamos.

Por eso este rincón, pequeña explanada y paraíso al final de la empinada Cuesta del Rey Chico, sirve de respiro. Y esto fue lo que hice. En cuanto estuve en esta llanura me acerqué a la corriente clara del arroyuelo, hice unas fotos para el recuerdo, descansé durante unos minutos a la sombra de la higuera que arropa con sus ramas al puentecillo y luego me fui para los olivos. En busca de los bancos de piedra que hay aquí. Unos bancos muy singulares porque no son tales. Simplemente

son grandes bloques de piedras, sobrantes de alguna construcción o restos de ruinas, que han colocado en este sitio. Bajo los olivos, al borde mismo del camino y no tienen ni respaldares ni nada. Uno se puede sentar en cualquier lado y mirando para donde más le apetezca. Para la corriente del arroyo, para la ladera de enfrente, para las huertas del Generalife o la izquierda o derecha, que es por donde llega y se va el camino.

Me senté yo mirando para la izquierda para que no se me escapara su presencia, en cuanto asomara por el último tramo de la cuesta. Porque tenía muy claro que, una vez más, hoy ascendería por aquí. Me lo decía el corazón y de una forma muy concreta. Y fue así pero no tal cual lo había imaginado. Yo lo había soñado del mismo modo a como lo descubrí los días anteriores: con su sombrero de paja, su cara medio tapada, su ropa gris y con su saco acuestas. Fue así y no exactamente.

Porque estaba yo meditando mis cosas, pendiente del camino y también del rumor del agua del arroyuelo cuando, un intenso resplandor dorado, iluminó todo el barranco. Por donde la muralla, las tierras de enfrente y huertas del Generalife. Me volví para el lado de la Alhambra, a mis espaldas y por donde el sol se ocultaba y lo hice con gran interés. Descubrí enseguida que el resplandor venía exactamente de este lado. De donde los palacios de la Alhambra y los últimos rayos de sol que tras ella se ocultaba. Los rayos de este último sol de la tarde no eran iguales a los que estoy acostumbrado a ver por estos lugares. Sí, muy dorados, luminosos como incandescentes ascuas y derramándose en forma de grandes llamaradas. Parecido a grandes lenguas de fuego que, en amplios haces, todos incidían sobre las murallas y torres. Por eso y de pronto, todas estas construcciones, parecían transformase en una visión fantástica. Como si

todo el conjunto ardiera y, al mismo tiempo, también se alejara de la tierra.

Y, en estos precisos momentos, algo ocurrió que no pude entender ni ver con claridad. Ni siquiera ahora todavía tengo claro qué fue. Pero sí recuerdo que, estaba yo tan concentrado en el fenómeno del resplandor, que me desentendí por completo de todo lo demás. Incluso hasta de lo que realmente me había llevado al rincón. Por eso, cuando de pronto fui consciente y recordé que estaba allí esperándolo, dejé de mirar la puesta de sol.

Rápido volví mi cabeza para el lado del camino y para mi izquierda. Para el lado en que termina la cuesta en su tramo por las chumberas. Vi que nadie se acercaba por aquí y rápido también miré para mi derecha. Y sí: lo vi. De espaldas otra vez y caminando de igual modo a los días anteriores. Con el sombrero de paja en su cabeza, vestido con ropa color gris y con su saco acuestas. Y, como en las dos veces anteriores, el corazón se me aceleró. No podía creer que hubiera pasado casi rozándome, yo estaba sentado en el mismo borde del camino, y que no lo hubiera visto. Pero había sucedido así. Lo estaba comprobando con mis propios ojos.

Sin pensarlo dos veces, me levanté y, sin perderlo de vista, comencé a caminar detrás de él, con la intención de llamarlo. No sabía de qué modo pero deseaba llamarlo para captar su atención y que se detuviera. Conforme caminaba, a mi derecha me iba quedando, además del arroyuelo, la alta muralla y la Torre de Cadiz, Torre de las Cautivas y Torre de las Infantas. A la altura de esta última torre, pero siguiendo el camino, iba él avanzando. No lo llamé. Opté por aligerar mis pasos, con la esperanza de alcanzarlo antes de que llegara a lo más alto. Ya no le quedaba mucho para llegar a donde el carril de tierra se mete por debajo del puente de la Acequia Real de la

Alhambra. Unos metros antes, el camino traza una leve curva para la derecha. El terreno ya se torna llano y, en unos metros más, deja en un especio muy concurrido de turistas y otras personas. También hay muchos coches, carretera asfaltada, tiendas, restaurantes, hoteles… Cuando esta Cuesta del Rey Chico llega a todo lo alto, deja en uno de los puntos más concurridos en todo el gran recinto de la Alhambra.

En tan solo unos minutos me encajé bajo el puente de la Acequia Real, quedando a mi derecha, la famosa Torre del Cabo de la Carrera. Y al llegar aquí vi que se me tapaba, a la derecha, tras las plantas de unos arriates que hay aquí. Temí perderlo de vista, como las dos veces en los días pasados. Aunque ya estaba muy cerca de él y por eso tenía cierta esperanza de alcanzarlo. Me di más prisa, prescindiendo de las personas que, en dirección contraria a la mía y a la de él, justo asomaron por detrás de las plantas que me lo habían ocultado.

Fueron solo uno segundos los que invertí en llegar a donde las plantas de los arriates y no lo volví a ver. Ya en este punto, a mi izquierda, tenía los bancos y edificios de los pabellones donde venden las entradas para la Alhambra. Y a la derecha, la parada del autobús, la carretera y acera que lleva al Palacio de Carlos V. Imaginé que se habría venido para este lado de la derecha. Por eso aligeré un poco más y enseguida me encajé en la misma parada del autobús. Y vi a uno de los guardias jurado que recorren los jardines y demás rincones de la Alhambra. Venía desde el paseo central Cuesta de Gomérez y por eso pensé que quizá lo habría visto. Tuve deseos de preguntarle y, me acercaba a él, justo por donde la barrera que corta y da paso a los taxis, autobuses y coches particulares hacia la Puerta de los Carros, cuando lo vi de nuevo.

Al fondo de la acera que lleva a la Puerta de los Carros y arco de la Puerta de la Justicia. Se tapaba y aparecía con las plantas a un lado y otro de la acera y también con las personas que subían y bajaban. Por eso, desistir de preguntar al guardia jurado y apuré mis pasos acera abajo. Por donde, a la izquierda, queda la carretera y la prolongación del paseo central que sube desde la Cuesta de Gomérez. A la derecha de esta acera queda la alta muralla de la Alhambra, con la Torre del Agua, Torre de Juan de Arce, Torre de Baltasar de la Cruz y Torre de los Siete Suelos.

Siguiendo este estrecho caminillo, todo peatonal y que lleva directamente, desde los pabellones de venta de entradas hasta la Puerta de los Carros y explanada del Palacio Carlos V, escoltan muchas torres. Todas clavadas en la misma muralla que protegen por el lado de la derecha. Después de la Torre de los Siete Suelo, aparece la Torre del Capitán, Torre de las Brujas, Torre de las Cabezas y ya, la Puerta de los Carros. Es por este punto por donde se entra al recinto amurallado de la Alhambra. Pero la puerta principal, la hermosa y oficial, queda un poco más abajo y se le conoce con el nombre de Puerta de la Justicia.

Mientras lo seguía ya casi corriendo, imaginé que a este lugar, Puerta de la Justica, era hacia donde se dirigía. Imaginé esto no por nada concreto sino simplemente por una intuición interior. Y también pensé que podría venir buscando la entrada a la Alhambra por la Puerta de los Carros. Imaginé todo esto y algunas cosas más cuando de nuevo se me perdió por donde la fuentecilla, un poco antes de la Torre de los Siete Suelos. Porque es aquí mismo, donde la alta muralla y la acera que discurre pegada a ella, giran levemente para la derecha. Como si comenzara a subir hacia el punto

donde, en lo más elevado de la colina, se alzan los viejos y hermosos palacios de la Alhambra.

En un abrir y cerrar de ojos me encajé a la altura de la Torre de las Cabezas. Aquí se abre una pequeña plaza, explanada donde se juntan cuatro calles y existe una parada de autobús. También una cámara de vigilancia, varios bancos por entre los troncos de recios árboles y un trozo de acequia. Por la izquierda sube una corta calle de tierra, al frente, sigue la carretera hacia la Puerta de la Justica, y bajando, por donde él había avanzando y yo lo seguí, llega otra calle asfaltada. Es la que arranca en los pabellones de venta de entradas. También al frente pero siguiendo el trazado de la muralla, remonta otra calle asfaltada que, rozando la Torre de los Abencerrajes, lleva exactamente a la Puerta de los Carros. Una de las puertas de entrada al recinto amurallado de la Alhambra y es la que usan los coches y taxis que traen turistas al parador.

Arranca esta calle, como ya he dicho, justamente de la pequeña plaza que se abre a los pies de la Torre de las Cabezas. Y por esta plaza los turistas se amontonaban. Dos o tres grupos de extranjeros con sus guías, que esperaban el autobús. Un par de grupos más subían y bajaban por la pequeña cuestecilla que lleva a la Puerta de los Carros y otros muchos turistas, bajaban por la calle que se va para la Puerta de la Justicia. Y, por entre esta multitud, calles, cruces y plaza, se me perdió por completo.

Al llegar a la plaza me quedé parado a lado de arriba, muy pegado a la Torre de las Cabezas. Mirando al frente, a mi derecha y para mi izquierda intentando verlo. No lo descubrí y ahora me sentía triste. Como frustrado por la nueva pérdida y también algo desorientado. ¿Para dónde se había ido y a qué lugar concreto se dirigía? Me

pregunte varias veces, mientras miraba y miraba sin descubrirlo.

Durante unos minutos aquí estuve parado. Observando también a los turistas mientras me orientaba. Ya la tarde estaba casi en su final. El sol se hundía por completo al fondo de la Vega de Granada y las luces del día se apagaban. Por entre el bosque, la oscuridad iba aumentando y las farolas, a un lado y otro de los paseos, se encendieron. Decidí seguir calle abajo hacia la Puerta de la Justicia, mezclándome con los grupos de turistas. Y, mientras caminaba, no dejaba de mirar para todos los lados. En unos minutos llegué a la cuerva, justo por delante de la Puerta de la Justicia y el Pilar de Carlos V.

Aquí mismo hay otra parada para los autobuses, un banco, una fuente de agua potable y una extensa explanada. Por delante del Pilar de Carlos V, Hay una pared que hace, al mismo tiempo, de largo banco frente a los chorrillos de agua y el frontal del pilar. Y en este largo banco de cemento, vi muchas personas sentadas. Jóvenes casi todos, que charlaban, tocaban una guitarra, hacían fotos, observaban…

Tres días más tarde, volví de nuevo por los rincones de la Alhambra. Pero en esta ocasión, no siguiendo el recorrido de la Carrera del Darro y Cuesta del Rey Chico. Aunque no dejaba de pensar en él y por eso seguía notándome como desorientado, me dispuse a no buscarlo más y que se me borrara esta historia de una vez. Y, porque también, notaba en mi interior un cierto mal estar, en esta ocasión me vine por la Cuesta de Gomérez. Cuando llegué a la Puerta de las Granadas, no continué por el paseo central sino que tomé por la Cuesta Empedrada. El camino que, desde la Puerta de las Granadas, arranca por la izquierda del paseo central y sube muy empinado justo al Pilar de Carlos V.

Por aquí me vine, caminando despacio, observando todo cuanto a mi paso me encontraba y sentándome, a intervalos, en algunos de los bancos que este paseo tiene. Bancos de piedra justo al borde mismo de las dos acequias que descienden rebosantes de agua. Por eso agrada tanto este camino y por eso descansa y refresca mucho en las calurosas tardes de verano. Y más todavía refresca y relajan, las espesas sombras que por este rincón derrama el denso bosque de los singulares jardines de la Alhambra.

Subí despacio, ya lo he dicho y me fui parando también en la pequeña cascada que hay a la izquierda. Solo unos metros antes de llegar a la explanada del Pilar Carlos V. Aquí me entretuve mucho observando el revolotear de algunos mirlos, escondidos y haciendo vida entre la densa vegetación. Hice fotos, me senté y saqué bolígrafos y papel y redacté algunas cosas. Desde hace tiempo, siempre que puedo y por las tardes, recorro muchos de los sitios de la Alhambra. Para mí y también para otras muchas personas, es interesante recorrer estos lugares y conocerlos al fondo. Y, para mí, por una razón muy especial.

En casi todos los rincones que pueden verse en estos lugares de la Alhambra, se palpa una belleza, un misterio, una sensación de eternidad, que llega al corazón e impacta. Y, donde más se palpan estas sensaciones, es entre los bosques y paisajes que rodean a la Alhambra. Al menos para mí, así es. Y lo es en cualquier estación del año: verano, otoño… pero el verano y otoño, también para mí y por aquí, tienen un misterio especial. Cuando por aquí vengo, una vez y otra, siento como la presencia de algo hondamente importante y eterno. No sé qué será pero el corazón y el espíritu, me hablan de esto. Parece como sí, en algún momento de la historia de la

Humanidad, alguna persona muy especial, hubiera venido por aquí. Y parece que esta persona, después de un tiempo por estos lugares, se hubiera ido, nunca se supo a dónde. Pero de aquella presencia suya por estos paisajes de la Alhambra, ha quedado algo muy misterioso y grande. Como la esencia de su espíritu y yo lo percibo.

Por eso, cada vez que puedo y de la mejor manera que sé, vengo por aquí buscando. Como si pretendiera encontrarme con la esencia más pura de esta persona que digo. Y creo que es como algo vital para mí. Aquella persona tuvo sus sueños y vivió dolor y, de alguna manera, por aquí ha quedado todo esto, como esperando.

Desde la oscura cascada, a la izquierda de la cuesta y ya muy cerca del final, sigo. Solo unos metros y me encajo en las escaleras. Sí, ya al final del tramo de cuesta, antes del rellano del Pilar Carlos V. Tiene estas escaleras siete u ocho escalones, en el primer tramo y cinco o seis, en el segundo. Son de empedrado granadino y con grandes adoquines de piedra, en el borde de cada escalón. En cuanto se termina de subir, ya se pisa la amplia explanada por delante de la fuente. También empedrada, con piedras pequeñas, blancas y negras, que trazan dibujos de flores y el bello escudo de Granada, justo en el mismo centro de la explanada y frente al pilar. Llego al rellano y esta tarde me lo encuentro casi solitario. Solo dos muchachas, con pelo rubio y ojos azules, que charlan entre sí. Descubro enseguida que son extranjeras. Y lo descubro no solo por su físico sino también por el idioma que hablan. Se expresan en ruso y esto me alerta. Tengo yo pequeñas y bonitas experiencias con algunas personas de este país, que recuerdo con cariño, al tiempo que con nostalgia.

Por eso, al darme cuenta de que estas jóvenes son del país que he dicho, me siento impulsado a acercarme a

ellas, saludarlas y preguntarles. No lo hago. Enseguida caigo en la cuenta que no sería un buen comportamiento por mi parte porque quizá ellas lo encuentren extraño. Por eso, mientras sigo pendiente del idioma que hablan, ya en el rellano, me acerco al banco alargado que hace de pared por el lado de la derecha según se llega. También me lo encuentro solitario. Busco el rincón que está más cerca de la parada del autobús, justo al lado mismo de la fuente de agua potable. Pienso que es éste un buen sitio para sentarme y, mientras descanso y medito, permanecer atento por si también hoy aparece. Presiento que puede ser así. Y, desde este lugar del banco, puedo ver el tramo de camino que, por el lado de arriba del pilar, acerca a la Puerta de la Justicia.

Corre la tarde, pasan y pasan turistas, se oyen los chorrillos de la fuente, revolotea algún mirlo, varios niños, mientras con los padres esperan el autobús, juegan, las sombras del bosque se alargan porque los rayos del sol les llegan casi desde el horizonte al fondo de Granada… Y, estoy mirando con gran interés para el lado de la muralla de la Alhambra, carretera que baja desde la Torre de las Cabezas, cuando me sorprende un fuerte ruido. No de pasos de personas ni vehículos sino de hojas de árboles agitándose con vehemencia. Como cuando sopla un fuerte viento y zarandea todas las ramas del bosque. Y, en un primer momento, creo que esto es lo que sucede.

Miro para la Puerta de la Justicia y veo que es cierto. Los árboles que hay por ahí, antes de la torre y los que tengo cerca, al fondo y a mi derecha, se mueven con mucha fuerza. Una recia ráfaga de viento los zarandea y sus hojas, al chocar entre sí, emiten un sonido muy especial y denso. Como si de pronto se hubiera formado por aquí un remolino y quisiera llevarse la mitad del bosque que hay por este lugar de la Alhambra. Y llego a

creer que es así porque, de la pequeña explanada que hay por delante mismo de la Torre de la Justicia, se alza una densa nube de polvo. Tan grande y con tanta violencia que, algunos de los turistas que por ahí caminan, gritan sorprendidos y pidiendo ayuda.

Pero mi sorpresa tiene una explicación enseguida. Porque, de pronto, lo veo. Baja por el trozo de carretera que llega desde la Torre de las Cabezas y viene solo. También hoy con su saco acuestas y su sombrero pero con un traje muy distinto al de otros días. Hoy no viene vestido con ropa color ceniza o gris sino de blanco y con una túnica muy amplia de tono azul claro. Tan blanco parece todo su atuendo que hasta da la sensación que desprende luz y, al mismo tiempo, igualmente parece que de su figura manan los chorros de viento que zarandean las ramas y hojas de los árboles. Y esto y el color de su vestimenta, es lo que realmente me sorprende al verlo.

Aunque también me sorprende alguna cosa más: me doy cuenta que ninguna de las personas que bajan por donde él y desde la Puerta de la Justicia, parecen advertir su presencia porque se comportan como si no lo vieran. Y esto es lo que me hace pensar que yo soy el único que puedo verlo. Y él, como las otras veces, también parece que no se percata de mi presencia.

Rápido me levanto de donde estoy sentado y me voy corriendo a su encuentro. Creo que puedo salirle al paso por el lado de arriba del Pilar de Carlos V, en la misma explanada que precede a la Puerta de la Justicia. Pero no me voy derecho a él. También pienso que es mejor superarlo, ponerme delante y al llegar a la gran puerta, cortarle el paso. Por eso, mientras subo a toda prisa, lo hago viniéndome por el lado de la izquierda. Pegado a la pequeña muralla y pared que hay por detrás del Pilar de Carlos V. Y, mientras remonto, no aparto mis

ojos de él. Me lo voy dejando por la derecha, casi en el centro de la explanada y mezclado con algunas personas.

Llego al dintel del portón que abre y cierra la entrada por la Puerta de la Justicia. Solo un poco antes de que llegue él. Por eso me vuelvo para atrás, lo miro, espero que se acerque todo lo posible y, cuando empieza a cruzar el dintel donde estoy parado, lo saludo y me excuso:
- ¡Perdona!
Se detiene, me mira y espera que diga algo. Yo también lo miro, la primera vez que lo veo tan cerca y de frente y me quedo sorprendido. Su cara tiene arrugas, es de color naranja, no envejecida sino bronceada por los rayos del sol y al mismo tiempo parece irradiar un brillo especial. Mana de su cara una serenidad honda, mezclada con algo de tristeza.

Le digo:
- Aunque no nos conocemos quiero preguntarte algo. ¿Te importa?
Sigue quieto mirando fijo y espera que hable. Y lo hago diciendo:
- Te vi, hace ya mucho tiempo, una tarde bajando por el camino de la Fuente del Avellano. Unos días después volví a verte subiendo por la Cuesta de los Chinos. También por entre estos bosquecillos de la Alhambra y ahora esta tarde te veo de nuevo por esta puerta grande. Y no sé por qué pero desde aquel primer día has despertado en mí un gran interés por ti. Porque tu saco, tu figura, tu silencio y caminar me llama mucho la atención. Por eso ahora, cuando por fin me encuentro de frente contigo, lo que más me apetece es preguntarte: ¿quién eres y haces por aquí y siempre con tu saco a cuestas?

Me siguió mirando y dejó que pasara un buen rato. Luego agachó su cabeza, acomodó su saco en el hombro y dijo:
- ¿De verdad quieres saber las cosas que me has preguntado?
- Ya te he dicho que tengo mucho interés en saberlo.
- Pues sígueme y te lo digo y ves con tus propios ojos.
Por mi derecha se pone en movimiento buscando la entrada de la puerta grande. Camina despacio y alcanza el umbral, se adentra en la oscuridad del interior del pasillo de la Puerta de la Justicia, gira en el recodo de la pequeña rampa y sigue subiendo. De espaldas a mí y como si no le importara mucho si yo le sigo o me quedo atrás.

Lo sigo y ahora con más interés que otras veces. A solo unos metros de él, sin dejar de mirarlo y meditando en silencio el momento en que me descubriría su secreto. También me pregunto por el sitio hacia el que se dirige y por lo que llevaba dentro del saco. Por eso quiero preguntarle algunas cosas más pero no lo hago. Porque no quiero que detenga su marcha y porque él parece sentirse bien sumido en su silencio.

Al salir del pasillo que conforma la entrada por el interior de la Puerta de la Justicia, nos tropezamos con tres turistas. Lo miran y me miran y él no les presta atención. Sigue avanzando despacio a la luz del día que de nuevo lo recibe, ya por la parte de arriba de la Puerta de la Justicia. El suelo empedrado, la acequia por el lado izquierdo con su riachuelo de agua clara, un trozo de pared color rojo por la derecha, arrayanes, durillos, adelfas, álamos, algún laurel y varios almeces. Y, por entre esta vegetación, algunos gatos y tres o cuatro mirlos. También y, siguiendo el surco de la acequia, pequeños pajarillos de color ceniza y amarillo oro. Son algunas de las muchas lavanderas cascadeñas que en

libertad viven por entre la vegetación de la Alhambra, junto a las acequias y paredes viejas.

La callejuela que, por la parte interior de la muralla arranca al salir de la Puerta de la Justicia, es estrecha. Y queda encajada, como ya he dicho, al lado izquierdo según se sube, por un paño de muralla, construida con losas de piedra y tierra roja. Y por la derecha, entre vegetación, algunos edificios, un aljibe viejo y escaleras. También por una pared pequeña de ladrillos y tierra. Es esta una calle sencilla, con un corto recorrido que sube suavemente a la vez que va girando para la derecha.

Y al final de esta curva, también por este lado de la derecha, hay unas tiendas donde venden libros y recuerdos que compran los turistas. Frente a estas tiendas y ya en la misma curva pero por la izquierda, se abre otra callejuela. Por aquí, en otros tiempos, se entraba a la Alcazaba. Antiguamente porque en estos tiempos, la puerta que por este lugar tiene el recinto de la Alcazaba, siempre se encuentra cerrada. Aunque el rincón por donde se abre paso esta callejuela, es muy recogido. También en cuesta, empedrada y escoltada por la muralla en el lado izquierdo.

Y él, camina despacio por la estrecha calle que remonta levemente. Como si contara cada paso y como si nada le importara a su alrededor. Porque ni siquiera mira a los turistas que bajan ni a los que nos adelantan. Lo voy siguiendo, detrás y a solo unos metros, sin comentar nada con él por miedo a perturbarlo. También porque apenas lo conozco y temo importunarlo. Porque, aunque me importa mucho toda su persona, me inspira un gran respeto. Deseo preguntarle muchas cosas pero pienso que, por mi parte, debo ser prudente y educado. Por eso camino muy cerca de él, sin dejar de observarlo y sin perderlo de vista

pero en silencio. Dejando que vaya a lo suyo porque es lo importante para él y también ahora para mí.

Terminamos de recorrer el tramo de calle que, desde la Puerta de la Justicia, sube recto. Y entramos en el tramo de la curva para la derecha. Es mucho más corto este tramo y por eso lo recorremos enseguida. Y justo al terminar la cuestecilla, por la derecha, nos saluda la Puerta del Vino. Clavada en todo lo alto de la colina donde se asienta la Alhambra y mostrando su sencilla y añeja belleza. Como si estuviera esperando o como si observara expectante a cada uno de los turistas que por ella cruzan de un lado a otro.

Sí, porque justo en este momento, por el arco de la Puerta del Vino, pasa un grupo de turistas. Extranjeros todos porque hablan idioma que no conozco. Y también porque portan planos, guías y cámaras de fotos. Otro grupo sube desde la Plaza de los Aljibes y se enfrente al que acaba de salir por el arco de la Puerta del Vino. Por esto, al llegar nosotros a lo que es lo más alto de la colina, final de la cuestecilla que remonta desde la Puerta de la Justicia, nos encontramos atascados. En este punto exacto, los turistas se concentran y, como se mueven muy despacio, porque hacen fotos, miran, charlan y comentan, casi no nos dejan andar. Temo perderlo en este barullo de personas y por eso me pego más a él. Pendiente de la dirección que en este punto pueda tomar.

Y descubro que, durante unos minutos, mira para la Puerta del Vino. Luego gira su cabeza y observa despacio el pasillo que, arranca justo al pasar la Puerta del Vino, a la derecha y baja hacia la muralla como si buscara dejarse caer por la vertiente opuesta a la que acabamos de recorrer. Es este el lado por donde, al fondo y lejos, se eleva el barrio del Albaicín y, entre aquel cerro y esta colina, corre el río Darro. Durante unos minutos se

mantiene fijo en esta callejuela, pasillo por donde los visitantes entran a los Palacios Nazaríes. Y luego se gira buscando también la ancha calle que sube a la antigua entrada a la Alcazaba.

Me mira y, como susurrando, comenta:
- Los turistas, la mayoría de las personas que por aquí vemos, no tienen ojos para descubrir más allá de las piedras de estos monumentos.
Quiero preguntarle pero no me atrevo. Medito sus palabras y dejo que pase el tiempo.

Muy cerca de él, lo observo despacio, sin molestarlo y esperando que siga su caminar hacia el rincón que por aquí viene buscando. Pienso que tiene interés en algo muy concreto y por eso también mi curiosidad crece. Me animo y le pregunto:
- ¿Acaso no conoces bien estos rincones de la Alhambra?
Con mucha calma y modulando con suavidad su voz me responde:
- Yo tampoco a ti te conozco de nada. Pero ya que muestras interés en mí y en mis cosas te voy a preguntar algo. ¿Te importa?
Y no tardo ni un segundo en responder:
- No solo no me importa sino que satisface. ¿Qué es lo que deseas preguntarme?
- ¿Alguna vez en tu vida has sentido la necesidad de hacer algo importante por alguna persona querida? ¿Alguna vez en tu vida has sentido la necesidad de perpetuar en el recuerdo, en el tiempo y en la eternidad a esta persona amada?

Durante unos segundos medito con calma lo que me pregunta. Y no es porque me haya sorprendido pero tampoco me esperaba lo que de él acabo de oír. Le digo:
- Creo que sí. Alguna vez en mi vida he sentido la necesidad de hacer algo importante y grande por alguna

persona muy querida. Pero ahora ¿te puedo preguntar yo a ti?
- Hazlo.
Y sin más le digo:
- La pregunta que me has hecho ¿por qué ha sido?

Y en este momento veo que agacha su cabeza, acomoda su saco en el hombro, mira al frente y comienza a caminar. Justo hacia la explanada que se le conoce con el nombre de Plaza de los Aljibes. Por aquí mismo subía, hace solo unos minutos, el grupo de turistas que ya se ha ido para la puerta del Palacio de Carlos V. También el otro grupo, el que cruzaba el arco de la Puerta del Vino cuando nosotros llegábamos, se ha vuelto para atrás. Por eso la explanada de los Aljibes ahora mismo se encuentra casi vacía. Solo con sus seis bancos de cemento a la derecha según se llega, las cuatro o cinco acacias repartidas entre estos bancos, el quiosquillo de madera, un poco al fondo y donde vende helados y bebidas frescas y nada más en esta planicie. Los dos altos cipreses, calvados junto en los cimientos del quiosquillo, proyectan sus largas sombras hacia el lado de los palacios nazaríes. Hermosa estampa, cipreses y sombran, que parecen saludarnos y abrirnos paso.

A la izquierda de nosotros, según nos movemos lentamente hacia la recia pared de la muralla, nos va quedando la figura de un árbol muy original y bello. Me llama la atención nada más verlo y más me fijo en este árbol cuando compruebo que él también lo mira. Se para un momento, observa despacio, muestra como el deseo de pronunciar algunas palabras, vuelve sus miradas para la cuestecilla poro donde hemos bajado y luego sigue. Antes de continuar caminando junto a él, durante unos segundos más, sigo fijo en este árbol y luego avanzo.

El árbol en sí, es una recia acacia pero en muy poco se parece a las otras que por esta plaza crecen. Su tronco es recio, color oscuro casi negro, con unos dos metros de alto y, a partir de aquí, se abre en cruz. En un puñado de ramas que, en forma casi de varillas de paraguas, se alargan formando precisamente esto: un amplio paraguas achaparrado que ofrece una sombra muy densa y fresca. Y esto es precisamente lo que más llama la atención en este árbol: su grueso tronco oscuro, sus ramas en horizontal y su forma en amplio paraguas. Y, por la curiosa manera que él lo ha mirado, hasta llego a pensar que alguna vivencia importante tiene en este rincón y por donde crece este árbol.

El sitio éste, justo delante de lo que ahora mismo es la entrada principal al recinto de la Alcazaba, es bonito y amplio. Decorado con los elementos que ya he mencionado y como gran pórtico al recinto amurallado de la Alcazaba. El nombre por el que ahora mismos se le conoce, le viene de unos aljibes que aquí construyó el Conde de Tendilla en 1494. Don Iñigo López de Mendoza, a quien los monarcas habían dejado al frente como Alcaide de la Alhambra y Capitán General del Reino de Granada. Estas aljibes, de 34 metros de largo, 6 de ancho y 8 de alto, se convirtieron posteriormente en la plaza actual al soterrarlos junto con las calles y las plazas circundantes. Hasta hace una decena de años se podía beber agua extraída del aljibe ya que había un kiosco con un pozo abierto al depósito. Los granadinos y visitantes solían acudir con asiduidad a beber dicha agua.

El lugar forma una extensa llanura, en otros tiempos fue un barranco, entre las torres y las defensas de la Alhambra por un lado y la Puerta del Vino y los Palacios árabes y el Palacio de Carlos V, por otro.

Según avanzamos dirección a la muralla, recorriendo la plaza, descubro que se viene para el lado de la izquierda. Pegándose cada vez más a la Torre del Homenaje. Y, al llegar al rincón de este lado izquierdo, ya entre el quiosquillo y la muralla, busca las escaleras que, por entre unos árboles y estrecho pasillo de ladrillos, sale desde esta explanada. Por estas escaleras, baja, recorre los seis primeros peldaños empedrados y con escalón de ladrillo y se enfrenta a una pequeña cancela de hierro. De sus bolsillos saca una llave, abre y pasa. Me mira y dice:
- Entra tú también.
Sin preguntarle, atravieso la puerta, avanzo y lo espero. Cierra sin echar la llave y sigue bajando.

Justo aquí mismo y por el lado de nuestra derecha, se abre otro estrecho pasillo. Dirección a lo que es la entrada a los palacios nazaríes, ahora en estos tiempos y para los turistas. Pero este pequeño pasillo ofrece unas escaleras que, en cuanto se remontan, aparece una terraza rectangular. Alzada unos metros cara a la Torre de las Gallinas, frente a los dos olivos que crecen ahí y como un escenario desde donde se divisa ampliamente los jardines y paredes del recinto donde se alzaba la madraza.

A solo unos metros de la primera cancela de hierro, siete anchos peldaños también empedrados y con escalones de ladrillo, de nuevo nos corta el paso otra pequeña cancela. Con otra llave diferente, abre, pasamos, deja la puerta solo encajada y seguimos avanzando. Y justo ahora ya nos encontramos en un pequeño rincón de la Alhambra, todavía dentro del recinto amurallado pero donde ya no hay turistas. Porque este recogido y bonito espacio queda por completo prohibido para la visitas a todas las personas que vienen por aquí. Se puede ver desde las Torres del Homenaje y del Cubo y también desde la Plaza de los Aljibes pero nadie puede entrar a

este espacio porque siempre se encuentran cerradas las dos cancelas que hemos dejado atrás. Sin embargo, estoy comprobando que él sí ha pasado a esta reducida área de la Alhambra. Y parece que lo hace como si tuviera permiso para ello. Como si fuera un poco dueño de todo lo que por aquí hay y por eso se siente seguro. Sin temor a que nadie le corte el paso.

De nuevo quiero preguntarle pero no lo hago. Sigo temiendo importunarlo y sigo pensando que es mejor dejar que él me muestre lo que crea conveniente y del modo que quiera. Por eso, lento camino a su lado y observo. Y lo primero que en este recogido espacio de la Alhambra me sorprende es precisamente su tranquilidad. Lejos del barullo de la gente y protegido por la alta muralla todo por aquí no solo regala quietud sino también algo de misterio. Sí, porque la sombra de la Torre del Homenaje ya cubre todo este rincón y como, a un lado y otro y al frente se ven algunas plantas, hasta parece manar de aquí un aroma mágico. Y huele como a soledad, a fina melancolía mezclada con rumor de agua y también a tierra y tiempo añejo.

A los pies de la Torre del Cubo, se clavan tres altos cipreses. Rectos y majestuosos, por la quietud que muestran, por el verde oscuro de sus hojas y por el hermoso porte que presentan. Como si fueran centinelas a solo unos metros de las escaleras también de ladrillo que se abren camino hacia la parte alta de la muralla. Junto a estos cipreses, en la parte de abajo y como ofreciendo abrigo y compañía, algunas matas de durillo, arrayanes y la humedad de la tierra con sus pequeñas hojas de hierba, hojas secas y algunos puñados de musgo.

Camina recto hacia el paño de muralla que tenemos al frente y lo sigo. A la izquierda nos va

quedando la ya mencionada Torre del Homenaje y también la del Cubo. Al frente parece esperar la sólida y roja muralla que rodea a toda la Alhambra. Y a la derecha, la figura de una pequeña torre. Se le conoce con el nombre de Torre de las Gallinas. Más a la derecha y casi frente a esta última torre, nos queda lo que también se le conoce con el nombre de Madraza de los Príncipes. Es un pequeño espacio casi cuadrado por donde crecen plantas y se ven trozos de paredes. Son pequeños muros reconstruidos para de, alguna manera, indicar los cimientos de los edificios que aquí se alzaban en otros tiempos.

Porque es justo aquí donde se emplazaba la Madraza de los Príncipes, al pie de la Torre de las Gallinas y, adosada a ésta, lo que hoy se conoce como el patio de Machuca. Esta escuela coránica estaba destinada a los jóvenes pertenecientes a la realeza nazarí. Aquí los príncipes eran instruidos en teología, filosofía y ciencias. Era además la entrada a los Palacios Reales. Accediendo a través de una puerta en la galería del lado oeste, el visitante debía cruzar el patio de la madraza para pasar después al de Machuca y el Mexuar.

El trazado de las madrazas fue determinada por los persas en el siglo XI. Un patio central cuadrado alrededor del cual se situaban cuatro pabellones. El ubicado al sur, más cercano al mirador, era el dedicado al estudio. En la esquina sur-este del edificio se emplazaba un pequeño oratorio y su alminar, su planta se diferencia claramente del resto por estar orientada a la Meca como es preceptivo lo que se traduce en un descuadre de sus muros con respecto al resto del conjunto. Los demás pabellones debieron albergar las habitaciones de los estudiantes, profesores, bibliotecas… todo ello perdido con el paso del tiempo.

Por el lado de la derecha nuestra según avanzamos hacia la muralla, crecen algunas plantas. Granados y naranjos por entre las paredes de los cimientos de la madraza, durillo, arrayanes y dos olivos. El más próximo a nosotros se muestra más voluminoso y con aspecto de viejo aunque colmado de hojas verdes y frescas. Clava sus raíces en una pequeña terraza de tierra, delimitada con unos metros de pared en forma de triángulo recto. Un triángulo con solo los dos lados rectos. Por eso este olivo queda un poco alzado en el terreno de este espacio entre murallas.

La escalera para remontar a la parte alta de la muralla y las torres que circundan a todo la Alhambra, se ve al frente pero por el lado de la izquierda nuestra. Sin embargo, él avanza como si quisiera encontrarse con este viejo olivo. Llega y se para junto a él roza sus ramas y aquí mismo se detiene. Suelta su saco encina de unas de las pequeñas paredes que forman uno de los lados del triángulo y mira de frente hacia el rincón donde se alzaba la madraza. Con sus ojos clavados en este espacio y mostrando veneración. Como si meditara o tuviera por aquí algún importante recuerdo. Por eso, a unos metros de él, me paro. Lo sigo mirando y ahora, con más fuerza aun, siento hacia él hondo respeto.

Y también siento un gran deseo de preguntarle. Me gustaría mucho saber lo que piensa y siente en este preciso momento. Porque en mí también se despierta la curiosidad por el rincón que tiene al frente. Por eso me pregunto, solo para mí y en forma de susurro: “¿Acaso, cuando en aquellos lejanos tiempos esto fue universidad llena de príncipes y princesas, por aquí ocurrió algo que él sabe y todavía mantiene en su recuerdo?” Y me hago esta pregunta precisamente por eso. Porque no descarto que en aquellos tiempos entre los príncipes y princesas que llenaban esta madraza, ocurriera alguna historia

singular. Y no descarto que él, de alguna manera que yo ahora mismo desconozco, sea parte de esta historia o al menos tenga conocimiento de ella.

Sé, porque se ha contado y cuenta de muchas maneras y abundantes libros, que en todos los edificios y rincones de la Alhambra ocurrieron historias hermosas de muy variados tipos. Historias alegres, tristes, románticas, heroicas, tiernas y crudas que por aquí ocurrieron a lo largo de los años. Y algunas de estas leyendas sí que han llegado hasta nuestros días. Como ya he dicho, recogidas en libros o contadas directamente por las personas. Pero también sé que por estos sitios ocurrieron muchas cosas, algunas pequeñas y de gran valor, en los palacios y en la universidad y en las casas, que jamás nunca se refirieron. Nunca nadie las ha escrito porque por no haber tenido apenas interés o porque las mismas personas intentaron mantenerlas en secreto, por las circunstancias que fuera.

De aquí que en este momento y mientras lo miro, me siga preguntando: “¿Tendrá, de alguna manera, vivencias o información de algunos de los hechos que por este lugar ocurrieron en el pasado?” Me muero por saberlo y me muero por preguntárselo. Y creo que él se ha percatado pero nada comenta y yo sigo instalado en mi respeto por su intimidad y persona.

Una pequeña ráfaga de viento llega hasta nosotros y nos regala algo de fresco. También zarandea a las ramas del olivo que tenemos a dos pasos y a las adelfas y granados. Y esta agradable bocanada de viento también trae pequeñas olas de esencia. Aroma con gusto a tarde de verano, a tierra reseca y a sensación de alguna importante pérdida. Como si, de alguna manera, la pequeña racha de viento, trajera entre sus brazos sorbo de añoranzas.

No lo entiendo y por eso sigo mirando y, cerca de él, esperando. Descubro que deja de observar, se agacha, recoge su saco, se lo echa al hombro y se vuelven un poco para atrás. Para donde permanezco yo y, al rozarme, con su cabeza me indica que lo siga. No titubeo y enseguida descubro que se encamina recto dirección a la Torre del Cubo. Hacia la muralla pero buscando el pie de esta torre. Es aquí mismo, entre la muralla y los cimientos de la Torre del Cubo, donde se ven unas escaleras. Son chicas, de ladrillo y remontan en zigzag. Nadie sube en estos momentos por estas escaleras. Ya he dicho que nadie puede pasar a este recinto de la Alhambra.

Por eso, cómodamente y sin prisa comenzamos a subir por las escalerillas. Los tres primeros peldaños, en el primer zigzag de la escalera y que remonta dirección al corazón de la muralla. Un rellano casi cuadrado justo al llegar a la muralla y el segundo zigzag, girando ahora para la izquierda. Como si llevara directamente al interior de la Torre del cubo. En este tramo son doce los escalones. Los remontamos despacio, acercándonos cada vez más a las paredes de la Torre del Cubo. Al coronar, se abren dos direcciones. A la izquierda y siguiendo por la parte alta de la muralla, se penetra justo en el corazón de la Torre del Cubo. Se pasa por un estrecho túnel y el recorrido continúa hasta la Torre de las Armas y luego la Torre de la Vela.

La dirección de la derecha lleva directamente a la Torre de las Gallinas. Pero justo al terminar de remontar las escaleras, detiene sus pasos. Para respirar un poco y reconfortarse con la caricia del fresco vientecillo. Porque desde la altura que nos proporciona esta muralla parece que hasta el vientecillo es más puro y fresco. También, desde luego, la visión que desde este lugar se nos abre casi en todas las direcciones. Sobre el espacio que

hemos dejado atrás, donde los olivos y cimientos de la madraza, sobre los palacios árabes y el de Carlos V, sobre la Plaza de los Aljibes y Puerta del Vino y sobre la fachada principal de la Alcazaba.

En todas las murallas de todos los castillos del mundo, existe una construcción que se le conoce con el nombre de “adarve”. Un adarve o camino de ronda, del árabe «*ad-darb*» o, según otras fuentes, «*adz-dzir-we*» como «muro de fortaleza», es un pasillo estrecho situado sobre una muralla, protegido al exterior por un parapeto almenado, que permitía tanto hacer la ronda a los centinelas, como la distribución de defensores. Comunica los diferentes elementos de defensa vertical, como puestos de vigilancia u otros. Puede ser cubierto o volado. También el “canino de ronda”, pasillo que discurre por encima de la muralla, servía para observar y descubrir a los posibles enemigos. Y por eso, protegiendo a este camino de ronda y por el lado del exterior, siempre hay una pared. Para poder otear al enemigo sin ser visto y al mismo tiempo quedar parapetado de los posibles ataques.

Pues nosotros, en cuanto llegamos a lo alto de la muralla, nos encontramos justo en el camino de ronda. Protegidos por el lado del exterior de la muralla, por una recia pared de ladrillo, piedras y tierra y casi de la misma altura que nosotros. Y en este caso, el lado exterior de la muralla, queda frente a la gran umbría y bosques de la Alhambra. Bosques de la umbría que, espesos y frondosos caen ladera abajo. Hacia lo más hondo del barranco por donde surca el río Darro, con el Paseo de la Carrera del Darro y el famoso Paseo de los Tristes, barranco del Sacromonte, la Abadía y Jesús del Valle. Y al otro lado de este hondo surco del Darro, suben las laderas cubiertas con las blancas casas del barrio del Albaicín, también las laderas de San Miguel Alto y todos los pequeños barrancos por donde las cuevas del

Sacromonte. Por eso desde aquí, desde donde nos hemos parado, lo que más impresiona es precisamente la amplísima panorámica hacia todos los lugares que he mencionado. Panorámica que ciertamente son algunas de las cosas más bellas que regala la Alhambra.

Sí porque, tanto las personas que aquí vivían en otros tiempos como los turistas que hora visitan estos lugares, a estas grandiosas panorámicas le daban y dan mucha importancia. No ya por la emoción que se experimenta frente a estas vistas sino también por el placer que se siente al observar desde estas alturas. Y por la caricia del vientecillo que por aquí corre, casi siempre acompañado del verde y aroma de la vegetación y el canturreo de algún pajarillo. Por eso, esta hermosa construcción de la Alhambra, dicen que es el balcón más bello del mundo. Desde luego, sobre toda la ciudad de Granada, laderas y barrancos ya mencionados y sobre la ancha vega y los horizontes lejanos. Y, experimentado todo lo que acabo de contar desde el camino de ronda que va por lo más alto de la muralla, sí que es una sensación y experiencia única.

En este precisos momentos, desde lo algo de la Torre del Cubro, justo al lado nuestro y coronando, nos mira un grupo de muchachas. Hablan entre sí y sus palabras llegan hasta nosotros. Por eso puedo comprobar que hablan en francés. Quizá sea alguna de las muchas excursiones de colegios que, con frecuencia, recorren las instalaciones de esta colina. Ni él ni yo le damos importancia. Nos miran desde la distancia, sobre la plataforma de la Torre del Cubo y por eso no pueden mezclarse con nosotros.

Lo miro y ahora sí espero que diga algo. Porque tengo la sensación de que ya sí estamos casi tocando el misterio y secreto que me ha comentado. Y me convenzo

más de ello cuando de nuevo, después de unos minutos descansando donde al final de las escaleras y sobre el camino de ronda, veo que se mueve para la derecha. Siguiendo el ancho pasillo que, desde aquí mismo, va recto a la torre de las Gallinas. La veo al frente, recortada sobre la majestuosa torre de Comares y conjunto de los palacios nazaríes. Como si, a los pies de la más grandiosa Atalaya de la Alhambra, la pequeña torre de Las Gallinas, vigilara atentamente todo el rincón donde estuvo alzada la madraza. Como clavada en la robusta muralla y en los cimientos del tiempo, cuidando amorosamente del más importante de todos los secretos, quizá la historia más bella y triste que, a lo largo de los tiempos, se ha dado en los recintos de la Alhambra.

Al fondo del pasillo camino de ronda que ya vamos recorriendo, en la Torre de las Gallinas y donde el pasillo se tropieza con ella, se ve una pequeña puerta. Con su cancela de hierro cerrada y con apariencia de ser la única entrada que por este lado tiene esta torre. Por eso, otra vez pienso que es hacia esta puerta a donde dirige sus pasos. Porque también enseguida pienso que quizá dentro de esta torre él guarde algún tesoro o, de alguna manera, tenga aquí su vivienda. Imagino yo esto mientras ya voy caminando a su lado, siguiendo el pasillo que ofrece la muralla. Recto por completo a la torre de Las Gallinas y buscando la pequeña puerta abierta en el muro. Y me sigo preguntando: “¿Cuál es su tesoro? ¿Dónde mora y cómo es su vivienda?”

Pero no: nada más avanzar unos metros, en el segundo desnivel de los cuatro que hay en el trazado de este camino de ronda, se para, se vuelve para atrás, me mira y de repente me pregunta:
- ¿Alguna vez en tu vida has sentido llorar tu alma?
Algo sorprendido y sin esperar mucho le contesto casi con la misma pregunta:

- ¿Llorar el alma?
- Cuando en las tardes calurosas del verano, cuando en las mañanas húmedas del otoño, cuando en las frías y lluviosas noches del invierno o cuando en los plácidos días de la primavera, en el corazón se instala la añoranza, frente al vacío de la existencia y el agudo dolor de la ausencia ¿tú nunca has sentido llorar el alma?

Y ahora no contesto a sus palabras. Lo miro fijo y me parece descubrir en su rostro las señales del dolor del que me habla. Veo que se acerca a la pared de la izquierda, junto a esta pared suelta su saco, se agacha, lo abre y de él saca un papel amarillo y muy pálido y del tamaño de un folio. Tiene varios dobleces y por eso y con cuidado lo estira lentamente. Lo pone sobre la misma pared, parapeto de protección en el camino de ronda y de nuevo me mira y dice:
- Observa despacio lo que aquí hay dibujado.
Me acerco un poco más y descubro que en el papel hay estampado una especie de plano. Con líneas hecha a mano y con algunos nombres que puedo leer sin ningún problema.

Guarda silencio mientras sujeta el papel. Me mira y al mismo tiempo también mira para el barranco que tenemos al frente: umbría de la Alhambra, hondonada del río Darro y laderas del Albaicín y Sacromonte. Pasa un buen rato y al final le digo:
- Casi entiendo lo que en este papel hay dibujado pero no sé ni qué significa ni para qué sirve. ¿Puedes explicármelo?
- Muy brevemente ahora y con todo detalle, en otro momento.
- Como quieras.
Y entonces, de nuevo habla y me aclara:
- La galería o gruta que ves dibujada en este plano arranca allá en la ladera, cerca de la Fuente del Avellano.

Recorre toda la umbría desde aquel punto hasta este bosque en la umbría de la Alhambra y viene justo al centro de la torre que tenemos al frente. La que todos conocen con el nombre de la Torre de Las Gallinas.
Guarda silencio y aprovecho para preguntarle:
- ¿Y para qué sirve esta galería o gruta y por que tiene su final o comienzo justo en el corazón de esta torre?
- Ahora ya no voy a decirte nada más.

Y comienza a doblar la hoja de papel donde he visto tiene dibujado un pequeño plano. Se agacha, la guarda en su saco y, al hacerlo, descubro que dentro de este saco hay varios libros. Algunos son cuadernos, cuatro o cinco libros muy viejos y la hoja con el plano. Busca entre los cuadernos y coge uno de los más gruesos. Se levanta, me mira y, al ofrecérmelo, comenta:
- Te lo regalo y ahora vuelve por donde hemos venido. A partir de aquí ya no puedes seguirme.
Pone el cuaderno en mis manos, se agacha otra vez, coge su saco, se lo echa al hombro y camina alejándose. Llega a la puerta de la torre, la abre y antes de entrar, se vuelve para mí y desde la distancia me dice:
- Cuando hayas leído lo que hay en las páginas del libro que te he regalado, vuelve. Te esperaré y será entonces el momento. Te contaré y sabrás todo lo que ahora quieres.
Atraviesa la pequeña puerta, la cierra tras de sí y lo pierdo de vista.

Por un momento me quedo fijo mirando a la torre y al hueco de la puerta por donde lo he perdido. Quiero llamarlo para preguntarle no una sino mil cosas que en este instante se agolpan en mi cabeza. Pero no lo hago. Miro por encima de la pared que le ha servido de apoyo para extender el plano y observo. En minutos y de un solo vistazo recorro toda la umbría y barranco repleto de bosque que desde aquí mismo se extiende hacia el

Generalife y Fuente del Avellano. Y, por un momento, también imagino la galería o gruta que por las entrañas de esta ladera y montaña, arranca desde el corazón de la torre que tengo a mi lado. Desde este tan recogido y a la vez misterioso rincón de la Alhambra. Y me pregunto, solo para mí y en forma de susurro: “¿Para qué servirá esta galería y qué será lo que él tiene guardado en ella?”

Miro ahora al cuaderno en forma de libro viejo que hace nada me ha regalado. Y leo, en la portada y en letras grandes, lo siguiente: “La Princesa de la Alhambra”. Lo abro, rápido lo ojeo por encima y luego lo cierro. Me lo guardo en el bolsillo, busco el camino de regreso y, cuando ya el sol casi se oculta por el fondo de la Vega de Granada, regreso por los paseos de los bosques de la Alhambra. Sin dejar de pensar en él y con la ilusión de empezar a leer, cuanto antes, lo que hay escrito en el cuaderno que me ha regalado. Y lo hago nada más llegar a casa. Sentado en la mesa, con la ventana abierta y mientras la noche avanza, leo y leo lo que a continuación escribo aquí:

En el viejo cuaderno que él me regaló, los escritos están divididos en cinco capítulos. Pongo a continuación el primero de estos cinco apartados.

26 de octubre: Hojas de otoño

Para hablar contigo, para pensar en ti, para recordarte, para meditarte, para sacar de mi corazón los sentimientos que en él tengo y compartirlos, cualquier día, tarde o mañana, es buena. Pero esta tarde de veintiséis de octubre, para mí es especial.

¿Sabes? Me he parado justo al comenzar la cuesta del paseo central. Si, el que viene desde la Cuesta de Gomérez y, sin dejar de subir, atraviesa en gran bosque de la Alhambra. Al comenzar esta subida me he parado. Para compartir contigo esto y lo que tengo en mi corazón. ¿Que te diga qué es lo que mi corazón me duele? Lo necesito. Y tanto lo necesito que, aunque busco con interés, a nadie más tengo que a ti. Para contar y compartir mis sueños, tristezas, soledad, esperanzas…

Pero en estos momentos y en el centro del paseo del gran bosque, esta tarde veo y palpo el otoño. Por el suelo ruedan las hojas que hace unos días cayeron de las ramas. Huele a setas, hace algo de frío y hay nubes en el cielo. Es otoño pleno. Y con muchas señales de ello. Quizá por eso mi corazón está triste y llora en su silencio. Solo para mí y para ti. ¿Que si me faltan amigos? Bien sabes que sí. Y este año más que nunca. Por eso también te necesito más que otras veces y de una forma distinta.

Miro a las hojas de otoño que ruedan por el suelo y miro a las nubes que van por el cielo. Pienso en ti y quiero que me ayudes. Solo si tú lo quieres las cosas para mí podrán cambiar.

27 de octubre: Rumor de agua

Sí, tal como te lo digo: en esta tarde sombría, frío y otoñal, parece como si también el rumor del agua me acompañara. Porque tú lo sabes: en estos espesos jardines de la Alhambra, el agua es lo que más abunda. Y, en este paseo central de la Cuesta de Gomérez, a un lado y otro corren dos acequias. De agua clara que hoy, se mezcla con las hojas amarillas, ocre y naranja caídas de los árboles. Y, como es lunes, por aquí esta tarde casi nadie pasa.

¿Sabes dónde me he parado? Justo unos metros antes del cruce que lleva a la Puerta de la Justicia y al barrio del Realejo. Al final ya casi del paseo central de Gomérez. Y desde aquí medito la tarde, la ausencia de las personas que llevo en mi corazón, los recuerdos y los sueños que este año se me han roto. Sabes de qué te hablo y por eso lo comparto contigo. Como ayer por la tarde y como los días que seguirán. Espero que me ayudes. Me hace falta para sentirme algo mejor. ¡¡Me duele tanto la soledad!!

Miro al cielo, por entre la espesura de los árboles y veo al sol cayendo. Es bonita la tarde, con sus delicados tonos otoñales, el rumor del agua por las reguerillas y los olores a musgo. Por eso te pido que me ayudes. Que hagas lo que puedas para que no me falten las fuerzas y me regales un poco de consuelo.

28 de octubre: Lluvia

Ha llovido. Esta tarde mismo ha llovido y por eso, todo el bosque de la Alhambra, huele intensamente a otoño. Muchos más que otros días. Se ve todo mojado, las hojas amarillas, chorreando humedad y el musgo reluciendo verdor. Como si la lluvia hubiera caído sobre mi propia alma. Ya sabes tú lo que te digo.

Me gusta tanto la lluvia, el otoño, el frío, las nubes… que es como si te viera en un espejo. Como si estuviera justo conmigo. Como si ya respirara en el mismo paisaje que tanto espero y me tienes prometido. Y en este rincón tan único de Granada y de la Alhambra, es como si todo fuera mucho más íntimo, más real y vivo. ¡Me recuerda tanto a los momentos que viví de niño!

¿Sabes? Esta tarde también comparto contigo este momento, con mis sueños rotos y lo que respiro, desde el paseo central de Gomérez. Justo donde corre el agua, el paseo se ensancha y hay unos bancos. Por el suelo tapizan las hojas amarillas y empapadas y la tierra se ve mojada. Hace mucho frío y, aunque ahora mismo no llueve, parece que puede hacerlo en cualquier momento. También esta noche puede nevar. Dicen que llega el invierno. ¡Qué bien y qué triste para mí! Pero como ayer, como hace un rato, hoy también te pido fuerzas, consuelo, un abrazo y un beso. ¡Si supieras cuanto lo necesito!

29 de octubre: Sol y otoño

Y sin embargo esta tarde, el sol luce espléndido. Como en un buen día de verano. Aunque, como ayer te decía, hoy el frío es intenso. Como también en los mejores días de invierno. Por eso las hojas de los árboles en el bosque han palidecido un poco más y muestran tonos diferentes. Todos muy bellos.

Por este paseo central, Cuesta de Gomérez hacia el corazón de la Alhambra, hoy casi no pasa nadie. Cae la tarde y, aunque luce el sol y el cielo brilla muy azul, el frío hiere. Y más en este rincón del bosque. Donde apenas da el sol ni en otoño ni en verano. Por eso hoy, una vez más, me he parado aquí y comparto contigo los paisajes y el momento. Me duele más que ayer y, al mirar y ver las hojas llenas de tonos amarillos y oro y los rayos del sol besándolas, el dolor se agudiza. Y me digo que lo mismo que, estas hojas amarillas, así son ahora todos los sueños míos.

El otoño se lleva las hojas de los árboles y el tiempo se ha ido llevando todo lo que fui amando. A mi amigo Sinombre, a la niña del Cortijo de la Viña, a los amigos de las montañas, a las muchachas de lejano país blanco, a… Todo y a todos se los ha ido llevando el tiempo como el otoño arrastra a las hojas de los árboles en los jardines de la Alhambra. Y aunque esta tarde el sol reluce sobre las hojas ya sin vida, dentro de unos días o quizá dentro de un rato, caerán y desaparecerán para siempre. Como yo, quizá también dentro de poco. Como todo lo que ahora mismo me falta. Por eso, esta tarde, el frío es intenso y por eso mi alma está triste. ¡Dios mío! ¿Qué podrías hacer por mí?

30 de octubre: La garza real

Pisar hojas secas teñidas de otoño tiene un placer único. Y si el día está nublado, es por la tarde y acompaña el rumor del agua, el placer no tiene nombre. Y todavía es más sí al rozar el aire huele a musgo y por entre el bosque cantan los mirlos.

Es una de las experiencias que a mí más me gustan. Porque, como ayer y el día anterior, he subido por el paseo central de la Cuesta Gomérez. En busca del otoño y al encuentro de tu abrazo. Sé que por aquí vives y por eso, a mi modo, siento tu presencia y oigo tu voz. Y me he parado junto a las acequias de aguas claras y por donde más hojas de otoño hay. Todo el suelo se ve por completo tapizado. Y el musgo también tapiza por los bordes de las acequias.

Y, venía en mí meditando la ausencia que por dentro tengo, cuando los he oído. Sí, los graznidos de una garza real. He mirado y surcando el cielo las he visto planear por encima de este singular jardín. ¿Qué si me he extrañado? Claro que no. Despacio la he mirado y me he llenado de gozo. Es tan bella, se le ve tan libre que hasta parece que la esperaba. Como si me anunciara, de parte tuya, que la libertad que necesito y sueño y el calor que me falta puedo encontrarlo en su propio vuelo.

1 de noviembre: La lluvia en el bosque

Desde hace tres días no ha parado de llover. Mansamente pero persistente y sin mucho frío. La tierra, el bosque, las hojas que se visten con el traje del otoño, las setas, las flores, los frutos, todo chorrea agua y rezuma otoño sincero. ¡Qué bendición más buena la que con esta lluvia tú nos regalas!

También sobre las cumbres de Sierra Nevada la nieve blanquea. Inmaculada como si fuera un sueño y mágica como si anunciara no sé qué importante acontecimiento. No desde luego la presencia de los turistas. Esto no. La lluvia que en estos días tú nos regalas y la nieve, es el abrazo y el beso de algo muy trascendente. Solo tú lo sabes y permites que mi alma lo presienta.

Pero esta tarde, ya al final del paseo central de la Cuesta de Gomérez, te doy las gracias y lloro un poco. Ya sabes: con esta hermosa lluvia de otoño, con más fuerza hecho en falta a las personas que amo y, de ningún modo, tengo. ¡Gracias Dios aunque hoy mi dolor sea algo más intenso!

7 de noviembre: Me iré en algún momento

Poco a poco, según el otoño avanza, cambia de color todo el entorno. Los almendros que conoces, los almeces, los álamos del arroyo, los rosales y muchas de las plantas que por aquí crecen. Por eso, al caer las

tardes, siempre me gusta sentarme solo, frente al sol que a lo lejos se duerme. Y, cuando las grandes nubes negras se tiñen también de otoño, las miro en silencio, rezo y pienso. ¡Es todo tan hondamente sencillo y bello!

Pero siempre me encuentro solo, siempre. Tarde tras tarde, entre los colores del otoño, el pasto reseco del verano y el frío viento que a veces corre. Como si hubiera sido condenado, desde que te fuiste, a un lejano e inhóspito destierro, muy, muy solitario. Aunque no tengo falta de nada, todo me sobra porque tú si faltas. Y así un día detrás de otro y un otoño en la cola del siguiente otoño.

Éste que ahora vivo, creo que es igual al del año pasado y semejante al anterior otoño. Y siempre repitiendo lo mismo: solitario todo, con olor a musgo y colores dorados, fuego y oro. Y claro que acudo al cielo, a Dios, a lo eterno. Es en esto en lo único que realmente creo. Por eso, en más de un momento, siento lo más extraño. Cuando estoy meditando, esperando que la tarde se vaya, a veces me sorprendo como dormido. Y, en este placentero sueño, me noto como si me escapara de mí mismo y me fuera. No sé a dónde pero me voy, creo que a Dios, a lo eterno y por eso ya no quiero regresar a este suelo. Son tantos los días, los meses y los años que por aquí llevo, que veo no normal que en algún momento me vaya. Y Sé que solo a Dios, en lo que hondamente creo, puedo irme.

Pero miro a mi alrededor y a la tarde que cae y noto que sigo aquí y despierto. Con mucha belleza en torno a mí, porque es muy hermoso el otoño, pero solo y tu terrible ausencia. Quizá me vaya dentro de poco.

29 de noviembre: Se marcha el otoño y duele el alma

Como cada año, el otoño comienza a marcharse. Aunque todavía queda casi un mes para la llegada del invierno. Pero a estas alturas, ya parece que el otoño va llegando a su fin. Como cada año, y más desde que no estás, el paso del otoño se parece a un sueño. Porque la sensación es que, cada año parece todo nuevo y al mismo tiempo, viejo, muy viejo. Tanto como el tiempo mismo. Como si todo se repitiera y nada fuera nunca diferente a lo de hace un año.

Pero hoy, amanece con muchas nubes por el cielo. Hace frío y parece que en las altas cumbres de Sierra Nevada, van a caer las primeras nieves del año. Ya hay muchos que lo están celebrando. Con la llegada del frío y de la nieve la Navidad se siente como a dos pasos. También nueva y vieja, muy vieja. Tanto como todos los sueños de los humanos. ¡Qué extraño es todo y, al mismo tiempo, con qué ilusión siempre esperamos!

Al bosque que conoces, entorno a la Alhambra y sobre la loma, ya le quedan pocas hojas. El otoño que pasa se las ha ido llevando y ahora por el suelo se ven derramadas. Formando espesas y extensas alfombras color oro pálido. Huele todo a humedad, a musgo añejo, a frío y a Navidad. Y es un olor tan intenso y tan lleno de tiempos pasados que hasta duele el alma. ¿Sabes por qué? Porque tu ausencia se agudiza. Como si el otoño que se marcha y la Navidad que se acerca, te necesitara más que nunca. Al menos así es como lo siente el alma.

30 de noviembre: Lluvia de hojas y agua

Sí, ayer llovió y mucho. Lluvia de otoño ya con alma de invierno porque era fría casi como el hielo. Tú tenías que haber estado para verlo. Porque la lluvia que ayer cayó, especialmente por la tarde, también era hermosa como sueños. Tan hermosa que parecía herir al alma, según caía.

Por la mañana el cielo se llenó espesas y negras nubes, bajaron las temperaturas y, al mediodía, la lluvia comenzó a caer. Suave al principio y luego con fuerza y hasta con viento. Enseguida se alzaron las nieblas, por las laderas de la Alhambra y el Generalife y por las altas montañas. Y también enseguida el aire se llenó de olor a setas y a tierra mojada. Por los jardines del Generalife, entre los granados, álamos, olivos y adelfas, el olor a musgo era muy intenso. Tanto que enseguida se avivaron los recuerdos y el alma se llenó de nostalgia. El otoño y la lluvia casi siempre traen consigo esto.

Y más emocionaba ver las gotas de la lluvia quebrarse en los pequeños charcos que enseguida se formaron. Por entre las flores y árboles del Generalife, por donde la Alhambra Alta, por delante del palacio de Carlos V, junto a la fuente con el mismo nombre y por la Puerta de la Justicia. Aquí mismo y cerca del pilar que conoces, las hojas de los árboles, caían a puñados. Envueltas en las gotas de la lluvia y empujadas por el viento. Las últimas, o casi, hojas que el otoño arranca de estos bosques. Y daba gusto verlas. Tanto que la nostalgia se avivaba y emergían con mucha fuerza los recuerdos. Y lo que más deseaba el alma era que estuvieras. Para compartir contigo este mágico espectáculo del otoño y el invierno por entre los bosques de la Alhambra.

4 de diciembre: Parece que fue ayer

A penas sin notarlo, el tiempo pasa. Hace ya muchos años que te fuiste y hoy, parece que fuera ayer mismo. También parece que fuera ayer mismo, cuando el año pasado en este mismo día nevara. Como si todo hubiera sido un sueño, del cual me despierto esta misma tarde. Y fíjate, ya es cuatro de diciembre y también hace frío aunque no caiga nieve ni llueva.

Sí llovió mucho el domingo pasado, en los últimos días de noviembre. Y por eso por aquí, por entre los bosques de la Alhambra, puede disfrutar de un bonito espectáculo. Ya sabes lo mucho que me gustan las hojas que el otoño arranca de los árboles. Y me gusta verlas luego por el suelo, formando alfombras multicolores y mojadas por el rocío de la noche. Tanto me gusta este espectáculo, en estos rincones amables de la Alhambra, que a todas horas te echo de menos. Porque recuerdo que a ti también te gustaban mucho estas sencillas manifestaciones de la naturaleza. Y ahora, como siempre ando solo, cada vez con más fuerzas quisiera que estuvieras.

Caen la noche de este día frío y sin nieve y sigo mirando los caminos que van por entre estos bosques. Todo solitario aunque van y vienen algunas personas por estos sitios de vez en cuando. Se encienden las luces de la ciudad de Granada y, en las altas montañas de Sierra Nevada, sí brilla algo de nieve. Mañana y pasado y el otro, son días de fiesta. Muchas personas vendrán por aquí pero yo seguiré solo, como ahora mismo. Meditando tu ausencia y contemplando la ciudad y las alfombras de hojas que por aquí el otoño deja.

8 de diciembre: La Navidad se acerca

Hace frío. Al amanecer de este nuevo día las temperaturas son ya bajas. Por donde la Alhambra, sus jardines y la colina y también Granada. No hay nubes en el cielo, no llueve desde hace varios días y tampoco hay nieve en Sierra Nevada. Un tiempo bastante extraño, a estas alturas de mes y del año. Porque ya le queda poco, casi nada, al otoño.

Sin embargo, como las noches ya son más largas y los días tienen menos horas de sol, por las noches bajan las temperaturas. Anunciando la llegada de la Navidad y de fin de año. Por eso en la noche la mañana del día de hoy, fiesta en toda España, se abre con expectación. Serena, blanco de frío el cielo, sin viento ninguno y con la naturaleza quieta, quieta: como si durmiera. Acurrucadas las plantas y algunas flores, en la serenidad de la mañana y el frío amigo. Los acebos ya tienen sus bayas teñidas de rojo, muy maduras. Y por eso, los mirlos, las currucas y otras avecillas, se refugian entre las ramas de estos arbustos. A la querencia de las semillas con que se alimentan y para quitarse un poco el frío de la mañana.

¿Granada? Ya casi decorada para la Navidad que dentro de nada llega. Con luces en las calles, algunos belenes en los escaparates y con los estudiantes que se preparan para sus últimos días de clase. Y muchos turistas, por ser hoy fiesta y, entre aquellos y estos, ningún amigo mío. Todos lejos de mí, aunque cerca, desconocidos, extraños… Por eso te echo en falta y por eso me lamento que me den las espaldas tantos. No lo entiendo, nunca lo he entendió porque de mí, solo han recibido respeto y es esto precisamente lo que tantos buscan. No lo entiendo y por eso rezo y, acurrucado en mí, espero.

Tarde de otoño
húmeda,
frío hondo
y el rocío
trabado en los troncos
por donde vivo.

tarde serena,
viento en su nido
que besa
y deja herido
mientras pasa y lleva
despacito, despacito.

Tendrías que estar
llenando el vacío
que en el alma hay.
Hace frío
y la tarde es muy bella
¿por qué te has ido?

13 de diciembre: Se va el otoño

Ya quedan pocas hojas en las ramas de los árboles. El otoño va llegando a su final. Solo unos días faltan para el invierno y por eso los rayos del sol calientan muy poco. Como si ya no tuvieran fuerzas de tan lejos como se han ido. Las tardes son ahora mucho más cortas y el frío sigue en aumento.

Hoy, por ejemplo, al caer la tarde nieva sobre las cumbres de Sierra Nevada. Y los del tiempo anuncian nieve por toda la Vega y ciudad de Granada. Me gusta a mí esto. Y me gusta mucho ver las hojas amarillas y ocres de los álamos, durmiendo ya muertas al borde de las acequias que riegan los jardines de la Alhambra.

Por la Cuesta del Rey Chico, el camino que sube desde el Paseo de los Tristes pegado a la muralla norte de la Alhambra, los álamos se desnudan de sus últimas hojas. Y junto al arroyuelo de agua muy clara que por aquí corre, la alfombra de hojas amarillas se extiende densa y ancha. Cubriendo por completo todo el suelo, entre el musgo fresco que empieza a brotar y junto a los charcos. Es un bonito cuadro y agrada mucho contemplar este paisaje. Tendrías que estar aunque solo fuera para verlo. A mí me gusta mucho y por eso te lo cuento.

20 de diciembre: Fin del otoño

Ya el otoño se acaba. Mañana llega el invierno y lo hace como si viniera de la mano del frío y de la Navidad. De esto último, todos los años, pero del frío, no siempre. Este año, sí. ¿Que te cuente qué es lo que está pasando?

Ayer apenas llovió aunque la noche antes, sí lo hico con fuerza y en cantidad. Pero ayer, en algunos momentos, salió el sol y en otros, nevó mucho sobre las cumbres de Sierra Nevada. Blancas, blancas se ven ahora mismo desde los jardines de la Alhambra. Porque luego, ayer y según el día pasaba, las nubes se fueron y el frío llegó. Frío de hielo, de cascadas heladas, de crudo invierno. Y como esta noche también se ha quedado raso, casi veinte grados bajo cero, han marcado los termómetros en algunos sitios de España. Una barbaridad pero es la mejor tarjeta de presentación para el invierno que entra por la puerta.

Ahora mismo, a las ocho y media de la mañana y domingo, miro despacio y solo veo hielo por todos lados. Por todos los rincones de los jardines de la Alhambra, por las laderas del Generalife y por los olivos y pinares, al este… Hielo en forma de escarcha e hielo macizo y blanco junto a las acequias. También y donde más,

pegado al arroyuelo que baja al borde de la Cuesta del Rey Chico. El frío quema de tan intenso y los paisajes parecen acurrucarse en la misma quietud helada de la mañana. ¿Y Granada ciudad? Como si durmiera, sorprendida por el regalo que le deja el otoño al marcharse. Ya está engalanada para recibir a la Navidad y ahora parece que se acurruca en sí. Meditando conmigo tu ausencia, la despedida del otoño y la llegada del invierno, con el frío hielo y la Navidad entre sus brazos.

Tu ausencia,
en este día helado
de cielo azul
y sol blanco,
no es vacío seco
en el espacio.

Tu ausencia
llena tanto,
duele tan hondo
en dulce abrazo
a lo ancho del día
y de los campos,
que es la vida mismo
que estoy soñando.

Tu ausencia
da sentido claro
al día y a la noche,
al llanto,
al otoño que se marcha
y al momento exacto
de la Navidad que llega
de la mano
del invierno amigo
y helado.

2 de enero: La indiferencia del tiempo

El tiempo, el caminar implacable de las horas, días, meses y años, parece que lo hace siempre ajeno a todo. Y más que nada, ajeno a ti y a mí. Como si no le importara ni mis sueños o sentimientos ni tu presencia o ausencia ni los que por la calle van y vienen.

Y digo esto porque hoy es ya dos de enero del nuevo año. Recién nacido y ya va firme y rápido por el mismo camino del año pasado y del otro y del anterior. Llevándose y trayendo la luz de los amaneceres, las hojas de los bosques, las nubes en el cielo y las alegrías y sonrisas de los que, por los mismos sitios, siguen caminando. Porque ayer llovía, envuelta la lluvia en frío de invierno y hoy hace sol y el cielo es azul. Por los bosques y en las laderas y llanuras, amanece la hierba bañada en rocío, casi hielo. Y en las cumbres de Sierra Nevada, la nieve brilla muy blanca. Con el mismo resplandor y extendida en ancho manto, como el año pasado y el anterior.

El tiempo corre y pasa, mostrando en cada momento la misma faz y señales de años y meses ya idos. Pero el tiempo duele porque implacable y firme trae y se lleva con él, la juventud, los colores, las ilusiones y la vida y la muerte. Como en este mismo día del dos de enero. Por los sitios de estos bosques de la Alhambra, siento y veo los mismos colores, luces y sombras que cuando estabas en aquel invierno. Y hoy hace frío intenso, casi de escarcha, a pesar del sol y cielo azul. Es el día segundo del año y, aunque todo se ve tremendamente quieto y mudo, el tiempo avanza dolorosamente rápido. Llevándose con él mi propio corazón y también mi alma y mis sueños y mi dolor. Ilusión ya poca tengo. Y, aunque como ayer y el año

pasado, aun camino, respiro y espero, ni siquiera sé para qué.

El tiempo es cruel aunque sea bello y los humanos celebremos la llegada de otro año. Hoy de nuevo te recuerdo igual que ayer y respiro y camino y aquí sigo. Sintiendo que me lleva el tiempo hacia su universo, indiferente él a todo lo que soy, busco, espero o sueño.

15 de febrero: Han florecido los almendros

Parece que fue ayer cuando todavía el otoño estaba presente. Pero el tiempo ha ido pasando y, casi sin percibirlo, el invierno llegó. Ha llovido mucho y ha hecho muy frío a lo largo de los días de este invierno. También hubo bonitos días de sol y hasta brotaron algunas flores. Parece que fue ayer y también el invierno ha ido pasando.

Ya hoy es mediado de febrero y, aunque todavía siguen las lluvias y hace frío, ya han florecido los almendros. ¿Te acuerdas? Sus flores, sus colores y su fino aroma siempre fue para ti como un mágico juego. Y verte pasear por entre las flores de estos árboles, en aquellos tiempos, todavía era un sueño más bello. Tanto que a veces hasta parecía que las flores de los almendros y tu cuerpo eran reflejo del mismo color y el mismo aroma incienso.

Esta fría y a la vez lluviosa tarde de invierno, por los alrededores de la Alhambra, por la umbría del bosque que mira al río, por donde el Generalife y los rincones de los huertos, de blanco se ven vestidos todos los almendros. Como si la nieve hubiese caído y de terciopelo hubiera dejado sembrado todo cuanto por aquí fue tu sueño.

Y sí, parece que fue ayer pero ha pasado el tiempo y otra vez los almendros se llenan de flores. Blancas, color caramelo, rosas algunas, azul cielo y transparente como la misma transparencia del viento que por aquí conoces. Y claro que es el momento. Siempre lo es pero ahora más, de recordarte en silencio. En esta fría tarde de invierno pero ya por muchos rincones engalanada con las flores de los almendros. Por eso, tu ausencia siempre duele y también tu recuerdo pero hoy sí deberías estar. Hoy y esta tarde sí es un buen momento.

Los rincones de la Alhambra

Poesía y prosa, verano, otoño, invierno

1- Tú sabes que, ahora y desde Granada, a la Alhambra se llega por tres sitios distintos. Por la Cuesta del Realejo, por la Cuesta del Rey Chico y por la Cuesta de Gomérez. Tres hermosos paseos y los tres en cuesta muy empinada. Porque tú sabes que, a este gran castillo antiguo, lo construyeron en lo más alto de una montaña, un poco al norte de Granada. La Colina de la Sabika, le llaman.

De los tres paseos que te he dicho para subir a esta cumbre, el más bonito es la Cuesta del Rey Chico. El del Realejo, también lo es pero no tanto. Sube escoltado por las tapias de los cármenes en esa cuesta y por eso casi nada se ve a los lados. Y también el más hermoso y conocido es el de la Cuesta de Gomérez. El que sale justo del centro de Granada, Plaza Nueva. Por eso este paseo es el que más personas usan para subir a la Alhambra.

Por aquí es por donde yo me vengo, a la sombra del bosque, en estas tardes de verano. Suben por este camino muchos turistas y me gusta verlos. Pienso siempre que, en algún momento, puedo verte entre estas personas. Sé que es todo puro sueño mío pero necesito ocupar mi tiempo en ello.

Cuando la tarde cae
sobre Granada,
se oye un gran silencio,
como una cascada
de honda soledad
que se clava
en el tibio aliento
que respira el alma.

Sobre la loma
de la Alhambra,
cuando la tarde cae,
lenta, apagada,
todo te recuerda,
todo te llama:
todo es tu ausencia
que amarga.

No eres fantasía,
sino el alma
de la tarde que cae
sobre Granada.
También el dolor
que sangra
en el corazón que llora
y te ama.
Cuando la tarde cae,
la tierra calma,
te busca y llora por ti
desde que faltas.

2- Subiendo por la Cuesta de Gomérez, la puerta que da entrada a los jardines de la Alhambra, se llama de las Granadas. Un gran arco de piedra, con el escudo de la ciudad tallado también en piedra, en lo alto. Decoran a este escudo las figuras de la fruta granada, esculpidas. Y justo cuando se pasa este arco, a izquierda y derecha, salen dos calles. Llevan al Pilar de Carlos V y a Torres Bermejas. Pero, como ya te he dicho, el mejor camino para entrar y recorrer todos los sitios, es la Cuesta de Gomérez.

Nada más atravesar la puerta que comento, el camino sube con levedad. Arropado, tanto en verano como en otoño y otras estaciones del año, por la espesura del bosque. Sobre todo en verano porque en la época del otoño, muchos de estos árboles se quedan sin hojas. Pelados por completo y ésta es una razón más para que tenga importancia este paseo. Los colores de estos cientos de hojas otoñales alfombran el suelo, dibujando un cuadro muy bello.

Y otros elementos que embellecen mucho, son las dos acequias de agua clara que siempre corren por ambos lados de esta hermosa calle. Por unos bonitos canalillos empedrados y, por eso, el agua que por aquí baja, es de lo más cantarina. Rumor de agua, colores de otoño en el bosque, sombras frescas en verano y los revoloteos de muchos mirlos, decoran deliciosamente a este paseo de la Cuesta de Gomérez.

No volverás
aunque siempre estés presente
y seas eternidad.
Pero el bosque de la Alhambra,
su sombra y claridad,

el airecillo que pasa,
la serena paz
de las tardes y mañanas,
me hablan a la par
de ti
desde que faltas.

Sin que estés, estás
en el sol que se derrama
sobre la vega, a lo lejos
mientras se apaga
y en el rumor hiriente y dulce
del agua.

Afable sueño,
dolor y llaga,
que en cada momento
consuelas y matas,
espero que en el cielo
seas la clara
vida y dicha honda
que desea el alma.

3- Desde la Puerta de las Granadas, todo el paseo para arria, lo he dividido en cuatro tramos. De unos cien a ciento cincuenta metro cada uno. Y, el primero de estos trechos, Puerta de las Granadas rotonda de los castaños, le he dado un nombre. Lo llamo del almez, por crecer aquí, unos seis o siete almeces. Al lado izquierdo según se sube. Y uno de estos árboles, es especialmente grueso y alto. Sobresale por entre los demás por su majestad y altura.

La rotonda de los castaños, un poco antes de la Puerta de la Oreja, también la he bautizado yo. Es como un descanso al final del primer tramo de la larga Cuesta de Gomérez y tiene cadenas, ocho bancos, un par de acequias y castaños. No de castañas comestibles sino bordes pero son muy parecidas. Dos de estos castaños crecen justamente al final del primer tramo y antes de la rotonda. Otros dos crecen cuando ya se termina la placeta y comienza el segundo tramo del paseo. Y, entre los primeros y segundo castaños, crecen algunos más pero de escaso porte y belleza.

En verano, esta placeta, es mi rincón preferido desde que faltas. Y, en otoño, cuando las castañas caen y las hojas se tiñen de ocres, también me gusta mucho. Siempre creo que aquí estás más presente que en ningún otro sitio.

En verano

cada tarde vengo
a tu regazo:
al vientecillo fresco
de los palacios,
a la sombra tibia
de los castaños,
al rumor del agua
que en chorros claros,
saltan por las acequias
que tus pies mojaron.

Y cada tarde en silencio
miro callado,
a veces rezo
esperanzado
y miro al cielo,
otras veces canto
y otras veces pienso.
Y, una vez y otra,
sueño que jugando
sigues por aquí
en sueño blanco.

La tarde me roza
con su silencio,
las nubes de tormenta,
el bosque sereno,
el canto de un mirlo,
el viento…
todo y tu ausencia,
como si en el pecho
una fría espada
quemara con fuego.

Y no es muerte ni nada
es tu recuerdo
que en la tarde del verano
viene al encuentro.
Por ti llora la Alhambra
y yo la siento
cuando por aquí cada tarde
vengo.

4- Unos ciento cincuenta metros más arriba de la rotonda, termina el tercer tramo de la Cuesta de Gomérez. Justo donde también termina el asfalto y se cruza una calle. La que viene desde la Puerta de la Justicia y continua hasta el hotel Palace y barrio del Realejo. Por eso por aquí, pasa los autobuses y los taxis que llevan a los turistas, desde los palacios al centro de la ciudad.

Y donde termina este tercer tramo también hay una pequeña placeta. Redonda, con una fuente en el centro y, a la derecha según se sube, un monumento con un pilar. Es una fuente dedicada al escritor Ángel Ganivet, conocido en Granada y famoso en el mundo. Por eso aquí, a los turistas, les gusta pararse. A beber agua en la tercera fuente, ésta de agua potable, para lavarse las manos, para hacer fotos y para coger castañas, en los primeros días del otoño.

Sí, porque en verano, es de lo más fresco. Por las grandes sombras que regalan álamos y castaños. También por la tres fuente, la de Ganivet, la del centro y la de agua potable y por los dos ramales de acequias que corren a ambos lados de la redonda placeta. Pasan rozando los seis bancos de mármol, tres a cada lado de la placeta y bajo las ramas de los árboles más grandes. Por eso te decía que este rincón es muy fresco, muy concurrido y como el mejor de los descansos al final del tercer tramo de la gran Cuesta de Gomérez.

Todavía no es otoño,
está llegando el verano,
pero cuando se mueve el viento
de los árboles caen volando
algunas hojas seca
despacio, muy despacio.

Como si jugaran con el tiempo
buscando
entretener a la tarde
mientras tanto
que una ardilla corretea,
canta un pájaro,
arrullas las tórtolas
por los álamos.

El airecillo,
el verano,
las hojas que caen,
el tiempo como parado
entre la fronda del bosque
y los palacios…
lástima que no estés
y duelas tanto.
Es la hondura de la tarde
que se va despacio.

5- En la tarde calurosa del verano, me he venido a los bancos que hay junto a la fuente. Una de las tres en la placeta del tercer tramo y aquí me he sentado. A saborear los recuerdos de aquel otoño de hace unos años, cuando los puñados de hojas viejas. Recuerdo que fue solo por el capricho de tocarlas, coleccionarlas y tenerlas.

Ahora, no se ven muchas hojas por el suelo de este espeso bosque. Tengo ganas de que lleguen los primeros fríos del otoño. Porque me gusta ver las castañas caer de las ramas de estos grandes árboles y porque me gusta encontrámelas esturreadas por el suelo, junto a las acequias y por entre las hojas secas. Estos pequeños ríos de agua clara, se llenan de hojas viejas, de pequeñas setas, de castañas y de puñados de musgo.

Solo mirar, a veces se ve todo el suelo como adornado con una alfombra muy bella.

¿Y sabes? El tercer tramo de la Cuesta de Gomerez, yo creo que es mucho más íntimo y misterioso. No tiene asfalto sino tierra colorada, sí escoltan muchos castaños y el rumor del agua en las fuentes y las acequias, le presta una personalidad única. Y, en los primeros días del otoño, aun más. Parece como si por aquí sol faltara tu presencia. Pero aun así, en nostalgia, la belleza es mucha.

Siempre faltas en las tardes
y por eso aunque parezcan
hondas y grandes,
aunque roce el airecillo
y regale
terciopelo fresquito
y el rumor del agua desgrande
melodías rumorosas
que a eternidad saben,
siempre se queda asustada
sin ti la tarde.

Ahora mismo entre la hiedra,
donde sabes,
rincón escondido y oscuro,
en el que late
el silencio
que se funde con mi sangre,
durme tu ausencia.

¿Y sabes?
Un día y otro sueño
cuan amable
sería Granada entera,

el río Darro y las calles
y la Alhambra y sus jardines,
si al caer las tardes,
por aquí estuvieras.
Pero al irte te llevaste
contigo el sorbo de vida
que le falta al alma a cada instante.

La tarde, sin ti, qué chica
aunque sea honda y grande.

7- Desde la placeta de las tres fuentes, tercer tramo de la Cuesta de Gomérez, el paseo sigue subiendo. Por entre el bosque, dos acequias, sombras, olor a setas y musgo fresco. A los lados, escolatan bancos de piedra, clavados justo en la tierra roja que pavimenta en paseo.

Sobre la mitad de este tramo, cruza un paseo. También de tierra y lleva, para la izquierda subiendo, a la muralla de la Alhambra, por donde la Puerta de los Carros. Y a la derecha y también subiendo, al paseo que precede al Carmen de los Mártires. Justo por donde el auditorio de Manuel de Falla.

Pero siguiendo por el cuarto tramo al final también hay una pequeña plaza. Con una fuente en el centro y otra en el extremo. Es de agua potable y por eso aquí, se paran muchos turistas. A beber, labarse las manos y a resfrescarse, mientras descansan o deciden para dónde ir. Bonito, chico y muy arropado por las ramas de los árboles, es también este sitio. Por eso aquí, a veces, también me vengo. A saborear tu recuerdo en un rincón más de este bosque y palacios, mientras espero.

En verano,
en las calurosas tardes
que caen despacio,
como si quisieran dormirse
en los palacios
y viejos muros de la Alhambra,
hay milagros
que más bien parecen sueños
mágicos.

Por entre las hojas secas
del bosque ancho,
palomas y mirlos
ardillas y arrendajos,
se pasan las horas muertas
excarvando.

Pasan los turisatas
rozándolos
y ni siquiera se asustan.
Mirándolos
me quedo yo y medito:
“Otro regalo
que guardaré en mi alma
para dártelo
el día que allá en el cielo
tenga tu abrazo”.

8- Redonda es, por completo, la tercera placeta a partir de la cual empieza el cuarto tramo del paseo. Con una fuente en el centro, octagonal, de mármol y una taza redonda en todo lo alto. Mana de ella un chorrillo de agua que, en las calurosas tardes de verano, sí que refresca. Y también acompaña mientras, en los bancos que hay a los lados, se descansa. Son cuatro estos bancos y también

de piedra, a la sombra de los árboles que por aquí arropan.

¿Sabes? Cuando me vengo a esta placeta, siempre en solitario para que nadie ni nada te estorbe en mi espíritud, siempre me quedo por aquí un buen rato. Siemplemente me siento en algunos de los bancos y siemplemente medito y miro. Al agua de la fuente, a las personas que pasan, a la espesura del bosque… Pero nada me satisface tanto para llenarme y lograr que te olvide.

Sin embargo, esta calurosa tarde de verano, una realidad muy pequeña, me ha colmado. Una simple hoja de árbol. Me la he encontrado en el suelo, antes de llegar a la fuente y l ahe cogido. Porque, nada más verla, me ha gustado. Es ancha, con puntas en forma de estrella, amarilla por el centro y verde intenso por todos los demás lados. No sé qué hacer con ella pero, mientras en este momento te recuerdo, la tengo aquí conmigo. Me gusta su belleza y silencio. Sé que a ti te gustaban estas cosas: las hojas de las plantas, las rosas en sus rosales, los tallos de hierba por entre el bosque, la luz del sol jugando al escondite entre los árboles…

Los paseos de la Alhambra,
por entre la sobra del bosque
y las murallas,
tú los conociste algo,
casi nada.
Porque no llegaste a comprobar
lo que regalan
las sombras de estos paseos,
cuando el sol cae en llamas
en verano,

El agua,
la quietud entre las hojas
como trabada,
el olor del fresco viento,
los cantos de las chicharras,
el silencio,
los que indiferentes pasan,
el tiempo,
los mirlos en las ramas
y allá a lo lejos
Granada…

No saboreaste tú
con calma
la esencia y el abrazo
que regalan
los bosques verdes
de la Alhambra.
Por eso te decía
que el alma
de estos jardines y fuentes
entre murallas,
no llegaste a descubrirlos
en su eternidad más clara.

Por eso esta tarde de verano
agazapada
en la quietud de las hojas
y las ramas,
te la regalo.
Es hermosa como nada.

9- Pero antes de esta cuarta placeta, el paseo central de la Cuesta de Gomérez, lo cruza una calle. Trozo de carretera asfaltada que va desde la Puerta de la Justicia hasta el comienzo de la Cuesta del Realejo. Es decir, cruza de colina a colina, atravesando el paseo central de la Cuesta de Gomérez. Y es por aquí por donde pasan los autobuses y los taxis.

Y esta tarde, luminosa por el espléndido sol que brilla, me he venido por este trozo de carretera. A la izquierda, según se sube, como si pretendiera ir al mismo Pilar de Carlos V. No lo hago porque, en cuanto he remontado unos metros, me he parado. Y a la izquierda también y según camino, me encuentro al bosque. Entro por ahí, busco un sitio tranquilo, encuentro una piedra en forma de asiento cubierta de hojas secas y ramas y aquí

me siento. Frente al sol que cae y a los rayos que se cuelan por entre las ramas y troncos del monte.

Miro y medito y al mismo tiempo escribo. Nadie me ve pero yo sí veo a todos los que pasan. Los que suben por el barranco de la Cuesta de Gomérez y a los que vienen del Pilar de Carlos V y Puerta de la Justicia. No me interesan mucho. Pero es lo que por aquí siempre hay.

Si tú no hubieras vivido en esta ciudad,
ni hubieras paseado por los jardines de la Alhambra,
sino hubieras acariciado con tus ojos
cada mañana
las aguas color nieve
que bajan de Sierra Nevada…

Si el barrio blanco del Albaicín
no lo hubieras regado con tu gracia
y si tampoco hubieras paseado
por donde el blanco río del alma
de la ciudad más hermosa de la Tierra,
Granada…

Si nunca hubieras estado por aquí
soñando lo que soñabas,
no habría ahora tanto vacío
en esta ciudad mágica:
calles hermosísimas pero tristes
desde que faltas,
jardines repletos de flores
todas como marchitadas,
cielos azules y profundos
hiriendo siempre al alba
y siempre amargos como la hiel
y llorando lágrimas
y doliendo en el corazón
tardes, noches y mañanas…

Si nunca hubieras estado por aquí
tan hermosamente engalanada
y derramando tanta hermosura
sobre Granada,
no habría ahora sufrimiento
ni dolor ni llaga
pero desde que te fuiste,
Dios, cómo se te echa en falta
y cuán honda es la soledad
del corazón que te ama.

10- En este paseo central de los bosques de la Alhambra, todos los años montan una exposición. Cuando tú estabas, no. Aquellos fueron otros tiempos pero ahora, cuando casi todo por aquí gira en torno al turismo, las cosas son como son. Y, con el pretexto casi siempre de extender y fomentar la cultura, montan estas exposiciones.

El año pasado y, también en los meses de otoño, presentaron una exposición de fotos. El tema era el agua. Este año, expondrá una nueva exposición y el tema será el aire. Fotografías escogidas de entre muchos lugares del mundo y artistas, que mostrarán en grandes paneles plastificados y al aire libre.

Y claro que es bonito esto, cultural y artístico. Para muchas de las personas que vienen de fuera y para los que viven en la ciudad de Granada y, al caer las tardes, se dan un paseo por estos jardines. Pero para mí, te soy sincero, es poco interesante. El aire, y tú bien lo sabes, en estos lugares de la Alhambra, fue y sigue siendo nuestro amigo. Nuestro mejor compañero en las noches de luna, al rayar el alba, en las tardes de verano, en primavera y otoño… Y ahora que faltas, si no lo tuviera como amigo en estos sitios de la Alhambra ¿Cómo

soportaría tanta ausencia y dolor en el alma? Aunque a veces…

Como si no tuviera utilidad,
como si no sirviera para nada,
el airecillo por entre el bosque
de la Alhambra.
Y es fresco
y acaricia al alma
llenando de consuelo
en la flama
de las tardes de verano
en Granada.

Pero no estás
y tanto se nota tu falta
que ni el aire parece bueno,
como si no sirviera para nada
y lo mismo el hondo silencio,
el canto de las chicharras
y las melodías que en las fuentes
desgrana el agua.

Porque hay,
en el corazón que ama,
como un vacío sin sentido
desde que faltas.

11- Al caer la tarde, los rayos del sol platean el frontal de la fuente. Sí, el Pilar de Carlos V y que se encuentra solo unos metros antes de la Puerta de la Justicia. Según se sube, en el lado da abajo, a la izquierda.

Delante de este pilar, una pequeña explanada, pavimentada con empedrado fino granadino. Y, rodeando

a esta explanada, por delante del pilar, una pequeña pared en forma de bancos. Es aquí donde se sientan los turistas y también yo, algunas tardes. Me gusta mirar despacio a los chorrillos claro que se derraman sobre las aguas del pilar. Y me gusta observar, al caer la tardes, el frontal de piedra de donde brotan estos chorrillos.

Y me gusta, especialmente, disfrutar de este rincón, cuando el sol platea las piedras del frontal, el agua que salpica y las ramas de los árboles que arropan. Aunque por este sitio no paran de pasar turistas, el espíritu se siente bien. Sabe y siente que, de alguna manera, estás presente. Y siempre como alimentando y sosteniendo a lo eterno, a lo elevado, al cielo.

La fuente clara,
la de los caños delgados
y anclada
junto a la Puerta Grande
de la Alhambra,
también te recuerda
y te llama.

Mientras la tarde,
lenta se marcha
en el verano
de Granada,
esta fuente de mármol
llora y canta.

Sus chorrillos claros
de cristal y plata,
se funden en abrazos
con mi alma
y de ti sin parar
me hablan, me hablan.

La fuente ¡qué hermosa!
Eterna en su danza
y tú tan presente
y a la vez tan lejana.

Pilar de Carlos V
Alhambra, Granada.

12- Subiendo la cuestecilla que, desde el cruce Cuesta de Gomérez lleva al Pilar de Carlos V, hay tres pequeños bancos. A la derecha y son de ladrillo. Bonitos, antiguos y quedan casi camuflados entre la vegetación. Por eso aquí, muy pocos son los turistas que se sientan.

Sin embargo yo, en esta calurosa tarde de verano, sí me he venido al último de estos tres bancos. El que queda ya casi enfrente a la parada del autobús, muy cerca del pilar y también muy próximo a la siguiente cuestecilla. La que tiene pavimento de tierra colorada y lleva directamente a la Puerta de la Justicia. Sí, la puerta más importante que daba y da entrada al recinto amurallado de la Alhambra.

La miro desde este banco de ladrillos y me parece hermosa. Siempre me lo ha parecido pero esta tarde mucho más. El sol que cae le da de frente y la ilumina mucho. Con tonos rojos, muy parecidos al color de los ladrillos y la tierra de la que está construida. ¿Y sabes? Junto a la fuente del pilar hay muchas personas sentadas. Muchos también entran y salen por el arco de la Puerta de la Justica. Algunos se paran, hacen fotos, miran, preguntan y siguen. Este rincón de la Alhambra es hermoso como pocos. Tanto ahora mismo como cuando, dentro de unos meses, llegue el otoño.

La Puerta Grande,
la que en la cuestecilla
se abre
y da paso al recinto
del Palacio Árabe,
también pregunta por ti
en la tarde.

Sabe ella
que por aquí pasaste
y con tus blancas manos
acariciaste
los muros de tierra,
madera y llave,
eternidad en la Alhambra
que pisaste.

La miro y me mira,
acaricia el aire,
duerme en la Vega, Granada
y la tarde
lenta se para
junto a la puerta grande
y pregunta y pregunto por ti:
- Dios ¿Tú lo sabes?

Puerta de la Justicia
Alhambra, Granada

13- Cuando, a la Puerta del Vino le da el sol de la tarde, resplandece como fuego vivo, potenciado por la vejez de sus piedras y ladrillos. Recortada siempre sobre un fondo de cielo, muy azul en muchas de las limpias tardes de verano y empañado de nubes blancas en otoño o primavera. Como si el sol de las tardes, el azul y nubes en el cielo y la quietud serena frente al tiempo, fueran su eterno alimento.

Tú sabes que es muy hermosa esta puerta. Un sencillo arco de tierra, ladrillos y piedras, todo en tonos rojos como la muralla y palacios de la Alhambra. Aislada del resto de monumentos y por donde pasan, el arco que formando la puerta, casi todos los turistas que vienen por aquí. Te recuerdo y, aunque cierre los ojos, te veo cruzando esta puerta. ¡Tanto tiempo y todo tan vivo!

En esta calurosa y blanca tarde de verano, me he venido frente a esta puerta y la observo. Según se remonta desde la Puerta de la Justicia, a la izquierda y un poco antes de llegar a todo lo alto, hay una calle. Empedrada como la que sube desde la Puerta principal y es, o más bien fue, una de las entradas a la Alcazaba. A lo que ahora son los jardines del Adarve. En esta calle, solitaria y un poco en cuesta, es donde muchas tardes me siento, frente a la Puerta del Vino. Por eso siempre la veo bañada de sol, iluminada por los rayos, achacosa y quieta frente al tiempo. Ella, como yo, permanecemos ajenos a la multitud que cada día se mueve por estos sitios. De aquí que, aunque me rocen y la toquen y le hagan fotos, ninguno sabe de mi alma ni de su envejecida historia.

En el rellano,
antes del castillo
redondo y ancho,
la Puerta Decorada
y tres mil cien años.

¿Te acuerdas de aquel día
cuando despacio
por aquí pasaste
en tu sueño blanco,
llenándote el alma
de los preñados
misterios hondísimos
de este Gran Palacio?

¿La Alhambra?
Oculto llanto,
música y sueño,
poema en tus brazos
y tu sonrisa
siempre acariciando.
La Puerta Decorada
en el rellano,
pregunta y te llama
y la tarde del verano:
- Se la llevó el tiempo
a otro reino.

Puerta del Vino
Alhambra, Granada

14- Nada más cruzar la Puerta del Vino, a la izquierda, queda un pasillo. Con bancos de piedra en el centro, a la derecha, arriates, a la izquierda, una pared también de piedra y, al frente y muy lejos, el Albaicín. Una gran vista es la que se observa desde este rincón y por eso, a este pequeño espacio, vienen casi todos los turistas.

Me siento en la pared de la izquierda, a solo unos metros del viejo arco. Frente me quedan unos jardines con arriates, algunos árboles y también rosales. Esto es lo que se le conoce con el nombre de Plaza de Carlos V. Es justamente la fachada principal de este palacio. Veo desde aquí su puerta principal, los ventanales y los turistas entrando y saliendo. Sigue todo igual que en aquellos días pero en estos momento, todo sin ti.

El suave vientecillo que me acaricia parece que no para de preguntarme por tu persona. Lo mismo la sombra de estos árboles, el silencio y hasta el olor un poco ya a otoño. Ninguna otra cosa es por aquí importante para mí aunque tantos y, un día y otro, digan que sí. Creo, como

ya tantas veces te he dicho, que todas estas personas y las piedras de estos edificios, pertenecen a otra realidad a que en estos momentos me siento. Y todo esto o quizá yo y tú, entre las dos dimensiones. Viva pero lejos aunque palpites en mi corazón.

Me he parado

¿Sabes dónde?
Justo frente al Palacio
de madera y piedra,
cristal y mármol
y treinta columnas recias
en su redondo patio.

Carlos V, se llama,
hoy callado
pero al verme, mira,
susurra despacio
y me revela un secreto.
Le he comentado:
- Sí, hoy no está,
se fue a su reino
una mañana de julio
muy temprano.

La tarde me ha dado un beso
y el Palacio,
como si reconfortara:
- Tengo en mis piedras guardado
el perfume que aquel día
iba exhalando.
Vestía, cielo azul purísimo
con tonos blancos, muy blancos
y en su corazón lucía
un sueño mágico.

Palacio de Carlos V
Alhambra, Granada

15- Cae el sol,
es verano,
tarde calurosa y gris
que despacio
lame y se lleva con ella
un sueño blanco.

Granada sobre la Vega
y en lo alto,
la Alhambra te recuerda,
un arbolito cargado
de rojas flores de seda,
ha brotado
justo en la misma puerta
del Palacio.

Sol, verano y silencio…
¡qué buen ramo
en el corazón de la Alhambra
para seguir soñando!
Y si estuvieras,
qué gran abrazo
en tan bendita tierra
y escenario.

El cielo es azul lejanía,
profundo y azul océano.

Jardines en la puerta
del palacio Carlos V.
Alhambra, Granada

16- Desde la puerta del palacio Carlos V, mirando de frente, a la izquierda queda el barrio del Albaicín. Allá a lo lejos, en la otra colina y al otro lado del río Darro. Y, en este mismo lado de la izquierda pero ya cerca del palacio, se alza la muralla que rodea a la Alhambra. Y más cerca todavía, ya casi en la misma puerta del palacio Carlos V pero pegado a la muralla, hay un bonito rincón. Justo por donde se entra a los palacios nazaríes y, por eso, como refugiado tras las paredes del corazón mismo de la Alhambra.

Entre otras plantas y pequeños arbustos en los jardines de este rinconcillo, crece un olivo. No sé lo años que tendrá ni tampoco sé quién lo sembró. Pero sí sé que la otra tarde, en los primeros días de agosto caluroso, me pareció verte junto a este olivo. No podía ser cierto, porque hace ya mucho, mucho tiempo que no vives por aquí. Pero tampoco quise creerme que fuera sueño.

Junto al olivo centenario
de la Alhambra,
el que se clava y vive
tras la muralla,
mis ojos creyeron verte
hermosa, callada,
bebiendo del aire fresco
que, desde Granada,
subía por la Torre de la Vela
y sus campanas.

La sombra del olivo,
sus ramas,
parecían arroparte,
como si te abrazaran
para que te quedes con él
acurrucada.

Dormían los viejos palacios
en su eternidad clavada
en los pilares del tiempo,
entera dormía la Alhambra
en mi corazón asombrado
que miraba, miraba…
¿Qué hacías tú por aquí
como venida del alba?

17- En el extremo de la colina, la que domina a Granada, se eleva la Torre de la Vela. Construida, en el Alcazaba, el recinto más antiguo de la Alhambra, domina también toda la Vega. Y se ve, no solo desde las calles y plazas más importantes de esta ciudad, sin o también desde todo el río Darro, las laderas del Albaicín y el Mirador de San Nicolás. Como si esta torre fuera el faro entre la ciudad de la Alhambra y el cielo para guiar e indicar el punto exacto de la colina que estoy diciendo.

Y es así aunque es más. Porque desde el trozo de fortaleza que en el que se cimienta esta torre, se abre un balcón fantástico. Quizá el más bello de los balcones de la Tierra y desde donde mejor se domina y se ve la ciudad entera. Y por eso esta torre, tiene historia, mucha historia y también mucha leyenda. Para ti, quizá fue un encuentro más con otro rincón del reino de Granada. Si, porque fueron tantas las cosas nuevas que viviste en aquellos días…

Torre de la Vela,
clavada
en lo más elevado
de la Alhambra.
Acariciada por el viento,
abrazada
por las nubes del invierno
y lavada

por las lluvias del otoño
y las heladas.

¿Te acuerdas de aquel día?
Caminabas
lenta por entre las ruinas
del Alcazaba,
el suave vientecillo
te rozaba
y el pétreo silencio
desde su cama,
perfumó con sus besos
tu alma.

¡Qué momentos
para el recuerdo y el alba!
Luego te fuiste
y ahora faltas
y la Torre de la Vela sigue ahí,
clavada
en su pedestal de piedra
frente a Granada.

18- Tú sabes que entre la Puerta del Vino y la entrada a la Alcazaba, hay un espacio de tierra. Un llano, con solo un par de arbolitos, una fuente moderna para que los turistas beban y algunos bancos y poco más. Bueno, sí, todo el rellano es un completo mirador hacia el Albaicín. Pero esto lo es toda la Alhambra.

Por este pequeño llano de tierra, donde dicen que otros tiempos hubo aljibes, pasaste un día. Te paraste un poco, no demasiado, y por eso no interiorizaste mucho. Hoy, mediado de agosto, al caer la tarde y con el cielo cubierto con nubes de tormenta, te hablo desde este

espacio. Un sitio más que recuerda tu nombre aunque ya no sepa cómo pronunciarlo.

Mediado de agosto
con sus tormentas
anunciando
que el otoño se acerca
despacio.

Calor y tormentas,
verano
y en la tarde opaca,
como cien años
tras tu corazón
agazapados.

La Alhambra, la tarde, el calor…
tu recuerdo blanco
siempre en el alma
palpitando,
como si nada más sirviera
que tu mano.

19- E la tarde del 12 de agosto, el Palacio de Carlos V, es tu centro. Me he apoyado en la columna de la derecha, según se entra al patio y miro. Ya se pone el sol, hay nubes en el cielo, entran y salen los turistas y, lo demás, quietud, silencio y espera. A la izquierda, según se llega al patio, hay una exposición de fotos. "Jardines del Alma", la han titulado. Y algunas de estas fotos son de la Alhambra misma, de rincones en el Generalife y, unas cuantas, de un jardín oriental. Nada del otro mundo y, por eso, poco me ha gustado. Y son interesantes lo paisajes que se intentan mostrar en estas fotos, tú lo sabes.

¿Te acuerdas del libro que, para ti, hice el año pasado? "El Otoño desde la Alhambra". Casi todo son

fotos de estos paisajes y en esta mágica estación del año. Pues para mí, y no es por darme importancia, muchas de las fotos de este libro mío, son bellísimas. Más que dignas para una exposición en este rincón del gran palacio árabe. Pero ese libro y esas fotos, lo hice yo, que no soy don nadie y las que exponen aquí, no voy a decirte de quienes son. Es lo de siempre: en esta vida para todo hay que tener "padrinos". Lo demás, ya colará, del modo que sea.

Me he venido a la escalera que, en el redondo patio de este palacio, lleva al segundo claustro. Me paro y miro. Por ahí, por el patio, van y vienen algunos turistas. Miran, caminan sin ir a ningún sitio concreto y se van. Y claro, este palacio tiene su belleza aunque sea escasa. También lo viste y ahora esta tarde parece que estuvieras.

La tarde se va,
besas las piedras
del Palacio Real,
las nubes negras
allá,
como del cielo colgadas
en un ancho mar.

La tarde calla,
en la pared, al final,
su rayos de oro,
quieren dibujar
tu figura de sueño
y no es verdad
pero lo pienso.

¿La eternidad?
Un poco este palacio,
mi soledad,
tu recuerdo y la tarde
y poco más.

Pero la tarde es hermosa,
Tú, no estás.

20- Pronto llegará el otoño. Ahora ya, mediado de agosto, cada tarde lo anuncia un poco más. Nubes negras que luego descargan en tormentas, rachas de viento que, aunque arrastran calor, se llevan por delante muchas hojas de los árboles, olor a tierra mojada, los días ya con menos horas de sol, necesidad en el alma de nuevos paisajes… Muchos detalles anuncian que pronto llegará el otoño. Lo estoy deseando.

Por los jardines de la Alhambra, el Generalife y Carmen de los Mártires, esta estación del año, es mágica. Embeleso para el alma y deleite para el corazón y los sueños. Tú bien sabes lo hermosos que se ponen los árboles, el bosque entero, de este rincón de Granada. El almez centenario, al levante del Palacio de Carlos V, los caquis en los Jardines del Partal, los olmos y castaños en la Cuesta de Gomérez, el bosque entero en la umbría del río Darro, hacia el Albaicín… Y sobre todo, las higueras, viñas, álamos y nogueras, en las huertas del Generalife. Ahora ahí, las higueras, ya tienen maduros sus frutos. ¿Recuerdas los higos de Granada?

Pronto llegará el otoño
y los higueras
que entre los olmos
crecen en el Generalife,
cambiarán de tonos.

Hojas anchas y plateadas
que se tornarán oro,
nueces color caramelo
entre los surcos y arroyos,
almendras, higos y bellotas,

todo, regalos hermosos
del otoño para el alma
en un poema sin fondo.

Pronto estará por aquí
sí, el otoño
y si tú llegaras con él,
Dios mío, qué gozo.

21- Ayer por la tarde, catorce de agosto, llovió. No durante mucho tiempo pero sí un buen chaparrón. Fue una tormenta, muy negra, con muchos truenos y relámpagos y viento. Tormenta de verano aunque también con algo de otoño y trozos de hielo, en forma de granizos.

Las plantas de los jardines de la Alhambra y Generalife, se lavaron. Sus hojas, tallos y flores, se quedaron nuevas y luego, cuando algo después salió el sol, brillaban como espejos mágicos. Como diamantes recién tallados. Pero lo más bonito de las mil cosas que la tormenta dejó por estos sitios, fueron los arroyuelos.

Como la lluvia cayó en forma de chaparrón, enseguida se formaron arroyuelos. Por las pequeñas llanuras entre las plantas, en las laderas de la Cuesta de Gomérez, bosque de la Alhambra, en los caminillos de tierra… Sí, arroyuelos algo turbios, al principio y luego ya más claros. Y, antes de que la tarde se fuera del todo, salió el sol. Sus últimos rayos, con tonos de atardecer, iluminaron hermosamente todo lo que la lluvia había mojado. Tanto destellaron y de una forma tan especial, que los paisajes no parecían los de siempre. Más se asemejaban el mundo de las cosas que se ven en los sueños que a la realidad que cada día vemos.

Arroyuelos en los jardines
del corazón de la Alhambra,
en la tarde del verano
que se marcha.
Los trajo la tormenta
negra, ancha
que despacio fue bajando
de las montañas.

Los jardines se vistieron
de gala,
lo celebraron los gorriones,
las rosas blancas
y también las hojas del bosque
con sus danzas.

Verano, tormenta y viento,
chorros de agua
que invisible en la tarde
te besaban.
Fue todo como un sueño
y no estabas.

22- Según se entra por la Puerta del Vino, al frente y algo a la izquierda, queda el Palacio de Carlos V. Al frente un poco a la derecha, hay unos jardines pequeños, algunos árboles, asientos bajo estos árboles, las ruinas de lo que fue una pequeña ciudad árabe y una fuente. Todo esto justo frente a la fachada carasol del palacio antes dicho.

En unos de los bancos, esta tarde a la sombra de los árboles y cerca de la fuente, me he sentado. Tarde del 15 de agosto, fiesta en toda España y muy calurosa. Más de cuarenta grados se han registrado en muchos sitios. Después de la tormenta de ayer, todo por aquí quedó

lavado pero el fresco, también se ha ido. Aunque a la sombra de estos árboles se está bien. Mucho transito de turistas de un lado para otro, airecillo que sí consuela algo y, lo demás, desde el corazón se palpa continuamente el espacio y sitio que te corresponde. Nada lo llena, ni siquiera el calor de la tarde ni la sombra de los árboles ni los que van y vienen.

Siempre lo estuve pensado
y nunca te lo dije:
¿Después de tanto
qué es lo que queda?
Por las noches lo he meditado,
va y viene siempre conmigo
como agarrado del brazo.

Te fuiste de aquí
hace años,
sigue todo en su lugar,
continúan las horas rodando
y la Alhambra en su colina
durmiendo su sueño largo.
Unos van y otros llegan
y el tiempo, pasito a paso.

¿Qué es lo que queda
después de tanto?
Lo que en el corazón
se ha guardado
y se transforma en silencio:
mi sueño blanco,
mi oración al cielo
y tu abrazo.

23- En el jardincillo pequeño, junto a la fachada cara al sur del Palacio Carlos V, los árboles animan mucho. Y, a la sombra de estos árboles, los bancos para sentarse, son los más solicitados en estas calurosas tardes de verano. Y hay uno que me gusta entre los demás. Es el que está más pegado a las ruinas de lo que fue una ciudad pequeña, en tiempos muy lejanos.

Es un banco de piedra, no muy grande, arropado por la sombra de un árbol y muy cerca y frente a las ruinas que te he dicho. Aquí me he sentado en la tarde dieciséis de agosto. Nadie me acompaña, los turistas miran pero van a lo suyo, nadie me ve aunque muchos me rozan y yo miro y medito. Te recuerdo, en esta calurosa tarde y te regalo el espacio y el momento. ¿Sabes? Sino fuera por ti, ahora mismo, no tendría importancia esto. Solo sería un lugar de paso para los turistas entre un rincón y otro de la Alhambra. Y, sin embargo, tiene su interés y agrada mucho estar aquí.

Entre las ruinas
de esta ciudad árabe
bastante chica,
una fuente mana,
serena, fresquita.

Parece que cantara
melodías
especiales para el alma,
entre sonrisas
en la claras aguas
que me miran.

Quisiera que la vieras,
es bonita, muy bonita,
como una playa

de fantasía
y con olas transparentes
también chiquitas
que regalan en la tarde
vida.

24- Por el exterior, el Palacio de Carlos V, es cuadrado. No así por dentro que es por completo redondo. Y el lado este del exterior, queda por completo frente a la iglesia de la Alhambra, Santa María. Un rellano espléndido precede a la puerta de esta iglesia y, un pequeño muro, sujetando esta explanada. Entre este muro y la fachada del palacio, queda un espacio ancho. Un callejón en forma de pasillo que es por donde los turistas entran y salen de los jardines del Partal.

Tú pasaste por aquí y por eso sé que conoces esto. Y por eso, en la calurosa tarde de agosto, quizá la más calurosa de todo el verano, me he sentado aquí. En el muro que mira a la fachada del palacio. Lo cubre la hiedra y lo arropa la sombra. Por eso en este sitio y ahora mismo el calor es menos. Y, como se mueve un agradable vientecillo, en este lugar me encuentro muy bien. Hasta los turistas quedan lejos.

Recortada en el cielo,
la torre de la iglesia,
el sol de la tarde,
besa sus piedras,
nubes blancas al fondo,
quietud serena
y el canto de las chicharras
que barrenan.

El palacio, a un lado,
al fondo, a la izquierda,

cipreses altos
que tiemblan
al paso del vientecillo
que los besa.

Todo sereno,
como si desde que te fueras
no pasara el tiempo,
todo te espera
y yo en la tarde.
La torre de la iglesia
se recorta en el cielo
y conmigo reza.

25- Cuando estabas por aquí, en más de una ocasión, recorriste el empedrado del rellano delante de la iglesia. Y lo hacías siempre como si fueras en busca de algún alimento para el alma. Por eso era hermoso solo verte. Y por eso ahora, al recordarte, sigue siendo más hermoso aun.

Algunas noches de luna clara, atravesaste este rellano empedrado y, en el muro de la hiedra, te sentabas. Simplemente a dejar que tu alma se llenara del silencio, reconfortada por la caricia del aire fresco. Sabías y sé yo bien que una de las cosas más deliciosas en los rincones de la Alhambra, es el airecillo que por estos sitios siempre corre. También, en aquellos momentos, te gustaba empaparte del murmullo de este airecillo, singularmente amable en las cálidas noches de verano, jugueteando por entre las hojas de los olmos. Y también recuerdo que te gustaba mucho contemplar los reflejos de la luna sobre el rincón de los palacios. Mientras lo hacías te concentrabas en el canto de los grillos y, a veces, comentabas:
- ¡Qué misteriosos son estos momentos y qué sensaciones más placenteras en el alma!

Ahora,
solo, cada tarde,
recorro los jardines
que pisaste.

A veces me paro,
por donde pasaste,
a veces me siento
en los arriates
de las rosas blancas
que besaste.
A veces me oculto
tras los árboles
y a escondidas lloro
tu ausencia en la tarde.

Y, a veces quisiera,
llamarte
pero no lo hago,
tan lejos te marchaste
y tan hondo es el silencio
que nada ni nadie
sabemos dónde vives.
¡Qué herido me dejaste!

26- El viejo olmo, más que centenario, se clava y crece justo a la izquierda de la explanada. Por donde se entra a los jardines del Partal y muy rozando las tapias de la Rauda, cementerio antiguo. En otros tiempos, tuvo su nombre propio. Yo, desde siempre lo he distinguido con el nombre de "El Olmo de la Rauda". Pero, desde que faltas, lo estoy reconociendo con tu propio nombre: "Luz del Alba".

Su follaje es tan espeso que su sombra, en estos días de verano, cubre un gran trozo de las tierras de la Alhambra. Y su tronco es tan grueso, descolorido y lleno de llagas, que solo mirarlo infunde respeto. ¡Cuánto guarda este árbol entre sus ramas y su voluminoso cuerpo! Solo mirarlo, habla y, de ti, solo Dios sabe cuanto me dice.

Porque tú, desde los jardines que se extienden un poco más adentro, llegabas muchas mañanas. Al salir el sol o todavía antes de que el sol iluminara y, algunas veces, a media mañana. ¿No te acuerdas cuánto te gustaba pasear por donde vive este olmo, por los jardincillos que hay cerca y las fuentes que, no lejos, manan? Tu vestido era siempre blanco, como el resplandor del alba y, según caminabas, parecía que a todo ibas acariciando.

Olmo centenario
clavado en la tierra
del viejo patio,
siempre fuerte y sereno
y al cielo siempre rezando.

¿Qué guardas entre las ramas
tan callado?
Olmo viejo y joven,
verde como un prado
y todo lleno de llagas
por los años
¿Quién te plantó aquí,
por qué y cuándo?

Te miran los que llegan
asombrados,
te rozan los turistas
que van de paso,

te baña el sol de la tarde
del verano,
juega contigo el vientecillo
agazapado
y se esconde entre tus ramas
de amigo manso.

Te azotan las lluvias
y los hielos blancos,
pasan las tardes,
los días, los años
y tú orgulloso en tu trono
digno, gallardo,
dando sombra al que llega
y aunque estás preñado
de historias y leyendas
vives callado,
clavado en el tiempo y las piedras
de tu viejo patio.

¿Quién te plantó aquí,
por qué y cuándo,
olmo hermoso y noble
y solitario
desde que se fue
a su reino?
Te saludo en la tarde
desde el muro blanco
de la hiedra en la iglesia.

Amigo, hermano:
¿También yo como tú
la estoy buscando?

28- En la tarde del veintidós de agosto, me he sentado en uno de los bancos del pequeño rellano. Nadie me ve ni me saluda ni echa cuentas de mí, a pesar de que ahora mismo todo esto está repleto de personas. Son los que acuden a ver los palacios, jardines y otros rincones de la Alhambra.

Este rinconcillo se encuentra, justo antes de subir a la explanada de la puerta de la iglesia y, donde hay una fuente para que beban los que por aquí vienen. Crecen en este rellano cuatro o cinco árboles y uno de ellos es especialmente grueso. Detrás del tronco de este árbol te escondiste aquel día ¿lo recuerdas?

Las hojas de este simbólico gigante, todavía están muy verdes. Hojas anchas con varias estrías y, en las ramas, ya los erizos de las castañas, a punto de abrirse. Lo harán en cuanto se acerque algo más el otoño. Y también se tornarán amarillas oro y, poco a poco, las grandes hojas con figura de estrellas. Y se verá, por todos los rincones de esta colina y una vez más, el gran espectáculo del otoño en los jardines de la Alhambra. ¿A que lo recuerdas?

Desde donde me he sentado, miro, no en dirección a la calle que lleva a la Medina sino hacia la Puerta del Vino. Por eso, a mi derecha, queda el Palacio de Carlos V y, aquí cerca de mí, las pequeñas ruinas de edificios antiguos. En estas ruinas hay algo que ahora mismo capta mi atención. Es el también pequeño estanque que en el centro se remansa alimentado por el chorrillo de una fuente clara.

Pasaste por aquí
aquella mañana
y, en el agua de este estanque,
lavaste tu cara.

Lavaste luego tus manos,
tus pies de nácar
y seguiste caminando
como a la Luz del Alba.

Esta tarde,
contento se baña,
en la fuentecilla cristalina,
el aire que pasa
y unos pajarillos
amigos de la Alhambra.

Y los rayos del sol,
en el agua clara,
se reflejan y beben.
Los turistas pasan,
se mecen los árboles,
el silencio te llama,
y la fuentecilla cantora,
recuerda tu cara.

30- Actualmente se le conoce con el nombre de "Placeta y callejón del Guindo". Y queda, a la izquierda de la Calle Real de la Alhambra. La que fue vía principal, en otros tiempos y también ahora, en todo el recinto que hay dentro de las murallas.

Esta calle Real, arranca justo por detrás del Palacio de Carlos V, al subir unas escaleras que dejan a la derecha el rinconcillo de los asientos, los árboles y la fuente. Muy suavemente sube la calle hacia lo que ahora es el Parador de Granada. Pero unos metros antes de la Placea del Guindo, en este mismo lado izquierdo, se eleva la iglesia de Santa María de la Alhambra. Y por la derecha se ven pequeñas tiendas que venden cosas para los turistas.

Entre la iglesia y la placeta, quedan un par de edificios antiguos: la casa y museo del músico Ángel Barrios y lo que fueron los baños de la mezquita. Pegadas justo a las paredes de la iglesia. Tú sí estuviste en este rincón y también en la pequeña, recogida y empedrada placeta que digo.

Al caer la tarde,
en la cuadrada placeta
de los tres árboles,
los bancos me acogen
frente a la calle.

Empedrado el suelo,
suave el aire
que recorre la sombra
densa, grande,
una casa blanca,
mira y no sabe,
balcones de madera,
hierro, cristales,
los turistas pasan
sin pararse.

El rincón es bonito,
lo sabes
y queda recogido
del sol de la tarde.
Y tu recuerdo por aquí,
amable, muy amable.

34- De los cuatro árboles que hay en la placeta del Guindo, uno de ellos es muy grueso. Solitario, clavado en la esquina de arriba y, como está muy frondoso, rebosa para el patio. El de la casa que se alza a la

izquierda, Centro de Visitantes y que, en la puerta, tiene un bonito recinto ajardinado.

Decorado con una pequeña fuente en el mismo centro, una alberca repleta de nenúfares, filas de arrayanes a los lados y, al fondo y cerca de la puerta de entrada donde dan información, otra fuente. Con pilar chico donde se derraman los dos chorrillos de esta segunda fuente y con el frontal, toda la pared en la que está adosado el pilar, por completo cubierta de hiedra.

Y justo ahí mismo, dos grandes cipreses clavados y casi rozando el cielo con sus copas. Sobresalen generosamente por encima de los tejados de esta casa y la que hay más arriba. Y doce cipreses más, escoltando el lado izquierdo de la pequeña fuente y alberca del centro. Sus sombras, sus figuras, el temblor que le imprime el vientecillo y la luz de la tarde, se derraman por todos los rinconcillos de este amable jardín encantado.

Cipreses nobles
en busca del sol del verano
desde la serenidad
de un patio.

Y a sus pies,
manando
fuentes de cristal
con sus cantos
y el color de los arrayanes
reflejado.
Por lo alto de las paredes
rebosando
las espesas ramas
del un castaño.

Quietud preñada
en el viejo patio
de la Alhambra en la tarde
y acompañando
tu celeste recuerdo
y el claro
concierto del agua
en su remanso.

39- Junto a la casa para "Visitantes", al ladero de arriba y en la dirección que sube la calle, hay otro edificio. No muy antiguo y ahora hotel. Un establecimiento nada grande pero sí muy bonito que gusta mucho a los turistas.

Y, casi en la misma puerta de este hotel, una plaza algo recogida. Justo aquí es donde se ensancha la calle Real de la Alhambra. Y es también donde acaba esta calle. Ahora, porque en los primeros tiempos de los grandes palacios de la Alhambra, esta calle seguía hasta el corazón mismo de lo que fue la Medina. La construcción de un convento cristiano, luego convertido en parador, cortó por completo esta arteria.

Pero, en la plaza casi redonda, entre dos hoteles y un trozo de pared que separa el rincón donde estuvieron los palacios de Los Abencerrajes, todo es interesante. Cuatro árboles grandes, rosales casi siempre con alguna rosa abierta, arriates de arrayanes, mucha sombra y cuatro bancos. No hay fuente pero todo esto es fresquito en estas calurosas tardes de verano.

Ya setiembre
ha llegado,
en la redonda plaza
de los castaños

y los arrayanes
decorando,
la quietud se palpa,
a lo ancho y largo.

Casi nadie pasa por aquí,
se han marchado
muchos de los turistas
que en verano
recorrían Granada
y estos palacios.

La tarde serena,
como un lago
que se derramara
despacio, despacio,
sobre el alma que sueña
cual regalo
de tu eterna presencia
en sencillo abrazo.

41- Ya es seis de septiembre. Al caer la tarde, sobre las montañas al norte de la Alhambra, se ven muchas nubes de tormenta. Y sí, puede llover porque las temperaturas han bajado un poco. Por las noches ahora ya refresca. Es el verano que se marcha y el otoño que se acerca.

En la plaza, al final de la calle Real de la Alhambra, las sombras de los castaños hoy son mucho más densas. Cubren armoniosamente a los arriates y a los bancos y ya parecen que regalan aromas otoñales. Los turistas son muchos esta tarde por aquí pero todos pasan y casi no gustan aunque sí miran. Curiosean.

Frente al banco, de los cuatro que en esta plaza hay y que se orienta para el Palacio de Carlos V, crece un granado chico. Algo escondido entre los macizos de arrayanes y con sus granadas ya casi maduras. Cinco o seis, teñidas de rojo granate y hermosamente camufladas entre el verde de las hojas del árbol que las alimenta.

Quizá si estuvieras
te gustaría ver a este granado
bajo la sombra fresca
del verano
que se aleja.

Momento eterno, es sin duda
esta concreta
hora en que estoy sentado
en la placeta
de los cuatro bancos
y el beso amigo de tu ausencia.

Los frutos que cuelgan del pequeño árbol
parecen que quisieran
ofrecerme como regalo
su color de virgen primavera
para que no me duela tanto
el vacío de esta tarde vieja.

42- Cuando ya la calle real de la Alhambra, termina de subir, después de la placeta de los cuatro bancos, se encuentra con una pared. De ladrillo y rematada con tejas. Una puerta de rejas y dos ventanas, decoraran y perforan a esta pared. Al otro lado y ya en lo más alto de la colina de la Alhambra, un amplio patio. Adorno con verdes arriates de arrayanes, rosales y geranios. También con un grupo de diez o doce árboles, matas de espliego y dos pequeñas fuentes. Todo esto en la primera parte del patio que te he dicho.

En otros tiempos, por aquí mismo, pasaba el grueso de la calle que subía desde la Puerta del Vino y llevaba al corazón de la Medina. Esta tarde ya las cosas no son así. Justo donde este patio, la calle ha desaparecido y también las casas, a un lado y otro. Pero construyeron, en el lado izquierdo, un convento. Y se le ha conocido con el nombre de convento de San Francisco. Ahora ya no lo es porque lo han adaptado para un hotel moderno, en un recinto rancio: Parador Nacional.

Pero la primer parte del patio, pórtico del Parador, se llena de gran silencio. Sobre todo, cuando la tarde cae. Y más hoy que la tarde tiene grandes nubes blancas, señales de otoño y el aire es bastante fresco. El rumor del agua de estas dos fuentecillas, acompaña.

A veces pienso
que únicamente el agua
y el juego
que canturrea en las fuentes,
perviven en el tiempo.

Por eso mismo,
mientras voy y vengo,
me fijo en los que pasan
y me digo dentro:
“Mañana no estarán
o quizá sí, pero lejos
y puede que ni recuerden
este momento.

Solo el aire de la tarde,
el agua con su juego,
tu presencia por aquí
y mi sueño
puede que sea lo único
que perviva al tiempo.

43- La calle Real de la Alhambra, sigue. Una vez que se entra por la puerta de rejas, la calle muere o descansa un poco en la primera parte del patio que precede al Parador. Donde los cuatro bancos, arriates de arrayanes, rosales y espliegos. Pero la calle sigue. Como en busca del corazón de lo que en otros tiempos fue la medina. Roza la puerta del hotel que ya he dicho y avanzan unos metros más. Todo empedrado, con el típico empedrado granadino y, a ambos lados, decorado con los arriates de arrayanes, granados, algún limonero y muchas plantas pequeñas. Poco a poco todo se va quedando en un sencillo pasillo que muere justo en una pared de ladrillo. Donde un pilar con tres pequeños chorrillos, se pone al frente para cortar paso.

Al fondo de esta pared de ladrillo y ya en las tierras que ocupó la medina, crece un viejo y ampuloso pino. Y, a la derecha del viejo pilar, las ventanas y puerta del Parador. Una gran torre, también de ladrillo, imitando a las torres de las antiguas mezquitas, se eleva desde el edificio del hotel. Aquí mismo hubo un gran palacio en otros tiempos. Frente a lo que ahora son las ruinas del Palacio de los Abencerrajes.

En la tarde diez de septiembre, por este patio y final de la calle Real de la Alhambra, solo pasan algunas personas. Vienen y salen del hotel y turistas que entran al patio para curiosear. Varios pajarillos se bañan en las fuentecillas redondas que manan al ras del empedrado del pasillo y las matas de espliego, reflejan sus flores en el agua de estas fuentes. El azul del cielo es muy intenso, con trozos enmarcados por grandes y densas nubes blancas.

Nubes blancas en el cielo
de una tarde por la Alhambra,
azul intenso

por entre las ramas
de un pino viejo.

Fuentecilla de agua clara
que se duerme con el viento
que fresco pasa.
Cuatro hojas por el suelo
proclaman
que ya no queda muy lejos
el otoño color malva.

Todo como meciendo
al sueño que en el alma
se alimenta del silencio
siempre en la espera del Alba.

45- A la derecha de la plaza, la que hay entre el Parador y el primer hotel, crece un viejo almez. Siempre que paso por aquí lo veo como emergiendo de las ruinas de aquellos lujosos palacios. Sí, los de los Abencerrajes, muy famosos en la honda historia de la Alhambra. Lo único que ahora queda, del gran lujo que hubo en aquellos palacios, son unas cuantas ruinas. Paredes de la ladrillo o de tierra, de un metro o metro y medio, más o menos de altas. Siempre que paso por aquí las veo recogidas a la derecha ya al final de la calle Real de la Alhambra. Y, de entre estas ruinas, brotando como gigante que se resiste morir, me asombra siempre el viejo almez.

Nadie entra a este rincón de las ruinas porque lo tienen vedado a los turistas. Solo una reja de hierro, en la pared que por el lado derecho escolta a la calle, deja verlo. Y, al asomarse por entre los barrotes de esta reja en forma de puerta, lo primero que sorprende es este fabuloso árbol. De tronco recto y grueso, tres o cuatro ramas muy abiertas, alto como ningún otro árbol en los

jardines y bosques de la Alhambra y siempre como clamando al cielo.

En la misma cancela de hierro, me he parado esta tarde, frente a la majestad del gigante. Lo miro despacio y medito. Lo veo recortado sobre un denso mar de nubes negras, al fondo y sobre la ciudad de Granada. Parece que quiere llover. Y también parece que quiere ser otoño. Quizá por esto, todo se ve muy quieto. Como expectante ante la llegada de algún importante acontecimiento.

Por entre las ramas
de este almez gigante,
alborotadas,
revolotean unas palomas
grises y blancas.

El sol brilla al fondo,
desde la ventana
de cuatro rotos
en las nubes de plata
que anuncian el otoño
en la tarde mansa.

No puedes venir
aunque a voces te llama
todo por aquí.
Por entre las ramas
del almez gigante,
se me escapa el alma.

46- En la primera parte del patio que precede al parador, a la derecha y ya dentro del recinto de la medina, hay un rincón lleno de árboles. Varios granados, algunos naranjos, enredaderas, arriates de mirtos, rosales y un viejo almendro. Centenario aunque aun se cubre con un gran bosque de hojas verdes. También sus ramas, están

repletas de almendras. Es el momento porque el otoño solo queda a dos pasos.

En la tarde de este día dieciséis de septiembre, el cielo sigue cubierto con un mar de espesas nubes negras. Ni se mueve el viento ni hace frío pero si parece que las tormentas pueden presentarse de un momento a otro. Por lo demás, todo es silencio. Los pequeños muros, restos de lo que en otros tiempos fueron casas, muestran sus ocres añejos. Y mucha quietud en este rincón del almendro viejo, porque este es un espacio prohibido para los turistas.

Para mí, no por lo que ya sabes. Por eso, mientras la tarde se marcha y me dejo besar por el vientecillo que por aquí anda jugando, me lleno de ti en este mar de silencio. Un ciprés emerge, casi rozando al también almez centenario, unos metros más debajo del almendro.

Bajo el almendro,
algunas hojas secas
ruedan por el suelo
entre las almendras nuevas
que anteayer cayeron

Las derribó la tormenta,
el fuerte viento
y las gotas recias,
preludio certero
del verano que se marcha
a otro lugar del tiempo.

¿La tarde?
Como si desde el pecho
dulce se derramara
por entre los restos
de este rincón de la Alhambra,
ocre y añejo.

Otoño

47- En la alberca rectangular, al comienzo de la Medina , frente a la torre de lo que ahora es Parador, no lejos del pino centenario y frente a la esbelta palmera, se recrean los nenúfares. Unas cuantas mantas de estas plantas que ahora, ya en los primeros días del otoño, tienen abiertas sus flores. De color amarillo brillante, que destacan con fuerza sobre el verde de las anchas hojas y las tranquilas aguas de la alberca.

En la mañana fría del mes de septiembre, el cielo se muestra repleto de nubes. Negras y densas y que amenazan lluvia. Sin viento ninguno pero sí algo de frío. Y, por esto, ya voy descubriendo que cada día el otoño estás más presente. La estación del año que tanto me gusta y en la que siempre te veo como más viva por aquí. Como si fueras más esencia fresca entre los colores que el otoño siempre muestra.

En el agua y, por debajo de las anchas hojas de las matas de nenúfares, nadan peces de colores. Y, entre las flores, los peces y las hojas, destellan la torre del edificio del parador, las ramas de la palmera, la majestad del pino centenario y las nubes que esta mañana cubre el cielo. Todo, en un juego muy hermoso y también muy ajeno a cuantos por aquí pasan. Como si la naturaleza y la vida misma, tuviera su ritmo y no coincidiera mucho con el ritmo y cosas de los humanos que por aquí van y vienen.

Ahora ya sí

el otoño ha llegado
todavía a lo pequeño
pero bien cargado
de colores ocre y oro
y azules claros.

Anoche hizo mucho viento
y, a su paso,
por este jardín de la Alhambra,
fue tumbando
ciento de hojas y castañas
de los castaños.

Al caer las tardes, ahora,
pasean jugando
los niños de los turistas
coleccionando,
las hojas más anchas y bonitas
y también puñados
de castañas color oro,
azul y blanco.
El otoño ¡cuantos recuerdos
trae en sus brazos!

Desde el rincón pequeño

27- Hay un rinconcillo, entre hiedras y pinos que desde la Alhambra, mira a Granada. Pocos lo conocen y, los turistas, menos. No está a su paso ni entra dentro de los sitios que pueden ver todos. Por eso es un rinconcillo oculto entre el follaje, lleno de sombras y visitado en todo momento por el aire.

Tampoco tú conoces este sitio que, como te digo, se eleva sobre Granada, un poco antes de las murallas de la Alhambra. Pero, desde que te fuiste, desde que por aquí faltas, muchas tardes y a veces también por las mañanas, me vengo a este lugar. Es un balcón muy hermoso, con mucho silencio, rumor de hojas movidas por el viento, aire fresco y, a solo unos pasos, la ciudad de Granada con su vega. Desde aquí, conmigo mismo y el paso del tiempo, te siento más cerca. Como si con ninguna otra cosas me ocupara que con tu recuerdo.

El rincón pequeño
de la hiedra espesa,
por donde el viento
y Granada
allá a lo lejos,
sobre la amplia Vega
como durmiendo
tras las montañas,
te pertenece entero
desde que faltas.

Cuando a paso lento
se va el sol sobre las ascuas
de este verano viejo,

por donde el río que baja
del blanco incienso,
Sierra Nevada,
este rincón pequeño
es como la antesala
del cielo.

Aquí yo en las tardes
me siento
y sin prisa ninguna
te sueño,
mientras te escribo
y, a ratos, rezo.

29- Hoy, veintidós de agosto, ha sido un día muy caluroso. Con cerca de cuarenta grados de temperatura, en la misma ciudad y también por los jardines de la Alhambra. Donde el rinconcillo de la hiedra, a dos pasos de la muralla.

Pero desde aquí, al caer la tarde, se disfruta de buenas bocanadas de aire. Desde luego también casi tan caliente como el sol que a media tarde caía. A media tarde, porque ahora, cuando empieza a irse por el fondo de la Vega, hasta el cielo va cambiando de color.

Porque ¿sabes? Hoy el cielo de Granada ha estado todo el día desteñido. Color ceniza o blanco sucio y esto ha sido la causa de tanto calor. O quizá haya sido al revés. Pero en algunos momentos, hasta parecía que al cielo le faltaba vida. Dando la impresión que el ardiente sol se había comido la alegría y colores que siempre reflejan los atardeceres y cielos de Granada. Desde el rincón pequeño, ahora mismo, miro por entre el bosque, fijo en la tarde que va cayendo. Y, ahora mismo…

La hiedra que arropa
a este rincón chico,
temblorosa
se mece despacico,
la empuja el viento que llega
desde el río
y llena un poco la tarde
de alivio.

La sombra del rincón,
los pinos,
las higueras a dos pasos
con sus higos,
el olor a resina
y el estío
apagándose en la tarde…

¡Qué poquito
falta para el cielo!
Casi vive aquí conmigo
y, en el alma,
tu nido.

31- Desde el rincón pequeño, se ve el paseo por donde caminaste en aquellos días. Abajo, todavía antes de la ciudad de Granada y entre el verde de los árboles y el gris del pasto, ahora en verano. Al caer la tarde lo ilumina el sol y, al observarlo desde la sombra de mi rincón pequeño, me parece verte. Es imposible, lo sé, pero lo sueño.

Porque también sé que, en aquellos días y por este espacio, subiste y bajaste muchas veces. Para venir a tu palacio, también al caer las tardes y cuando salías de él. Siempre envuelta en tu delicado vestido blanco y siempre recogida en ti.

Ahora ¿sabes? Desde que te fuiste, este lugar, que tanto te pertenece, casi a todas horas lo veo solitario. Y más en estas extrañas horas de las calurosas tardes de verano. Como si, igual que de otros muchos sitios, contigo te hubieras llevado la belleza de las cosas. Y también su perfume y lo mejor de la vida.

Paseo blanco
que desde la Alhambra
hacia abajo,
se alarga
como buscando
lo que la tarde
se va llevando.

Lo miro en silencio,
despacio
y aunque sé que no,
un milagro
espero
callado.

Nada más me importa
que tu nombre blanco
y la tarde que se quiebra
en el ancho lago
de tu ausencia.
Tengo bien claro
que del cielo y una estrella
fuiste regalo.

32- El paseo que recorrías, al darle el sol de la tarde, se ve blanco. Desde el rincón pequeño, allá abajo, lo contemplo y lo encuentro también solitario. Pero los almendros de la derecha, según se sube, ahí siguen clavados. Casi secos, ahora en estos días de verano, aunque ya con sus almendras maduras. Se termina el

mes de agosto y, por estas fechas, empiezan la recogida de la uva, la de las nueces y la de las almendras.

Tampoco tú viviste estos momentos. Te fuiste cuando comenzaba a llegar el verano. Pero el paseo que ahora observo tan vacío, sí lo recorriste muchas veces cuando los almendros estaban floridos. Antes de la primavera y cuando todavía el invierno regalaba lluvias, nubes y frío. Bien que recuerdo yo esto y bien que no se me borra tu imagen por entre estos almendros llenos de flores.

Tu vestido siempre era blanco pero las flores de estos árboles, eran de color rosa, un poco más oscuras, otras y, la mayoría, muy blancas. Como los copos de nieve en las cumbres de Sierra Nevada.

Los almendros del paseo
parecen que se están secando
pero no es cierto,
es el calor del verano
que se los está comiendo
despacio.

El paseo, como en un sueño,
el pasto cubriendo el llano,
las chicharras en su concierto
y a un lado,
el corazón se acurruca
esperando.

Nunca el alma olvidará
aquellos momentos mágicos
de los almendros en flor
y, entre ellos caminando,
tú, como princesa
del más bello de los reinos.

33- ¿Tu palacio por los rincones de la Alhambra? Ya hace tiempo que no existe. El bosque crece ahora donde estuvo y el silencio arropa como en una eternidad. Ni siquiera visitan sus ruinas los montones de turistas que cada día pasan cerca. Y ni siquiera hay un letrero que diga algo. Bosque denso, sombras frescas, silencio y el airecillo que por aquí, a sus anchas, vive.

Pero no: donde tu palacio estuvo, queda a la izquierda de mi rincón pequeño. Solo unos árboles lo separan y me lo tapan. No me importa. Cuando cae la tarde de este día veintiséis de agosto, lo revivo en mi alma. Bajo el blanco sol y el rinrán monótono de las chicharras.

Un poco más lejos y también por la izquierda, se alza el puntal de los almendros. ¿Lo recuerdas? Algo permanece por ahí pero muy poco. Cerca, unos álamos que, al caer las tardes, son el juguete del viento. Lo demás, solo mi presencia por aquí alimentándome de tu recuerdo.

Cuando por las mañanas,
el sol le daba de frente,
brillaba
a veces como la nieve
de Sierra Nevada
y a veces como el oro
y también como la plata.

Todo cubierto de flores,
rosas blancas,
jazmines perfumados,
alhelíes en sus ramas
y siempre las fuentes manando
agua clara.

Tu palacio era el edén,
asombro en esta montaña,
y, cuando por los jardines
paseabas,
tú y él erais la fuente
de la Luz del Alba.

35- el rinconcillo se forma, además de con la vegetación que lo arropa, también en un pequeño rellano. Como una plataforma rectangular escavada en la ladera. Donde el bosque casi termina y la muralla de la Alhambra queda cerca.

Y, desde este sitio, además de las vistas sobre la ciudad y su Vega, hay algo pequeño que también es muy bello. Algo que me da compañía y con lo que comparto mis horas mientras rezo y miro al cielo. Quizá insignificante para otras personas pero muy lleno de luz, verde y misterioso, para mí.

Caen, desde el pequeño rellano, para la ladera del bosque y tapizando, muchos tallos de la misma hiedra que arropa a este rinconcillo. Como si quisieran cubrir todo el suelo de verde. Y por eso, al caer la tarde, que es cuando le da el sol de frente y se mueve alegre el vientecillo, se establece por aquí un juego muy hermoso. Como si algún jardinero muy especial y sabio mimara con el mejor cariño a todo esto. Miro, medito y rezo.

El verde de las plantas
y el color de las flores
de la Alhambra,
los tonos de las luces
de las mañanas
y el sol reverberando

en las aguas,
fueron tus amigos
cuando estabas.

Ibas caminando
llena de gracia
y tocabas con tus manos,
llenabas tu alma,
mirabas a las estrellas,
soñabas
y bebías de la esencia
de las rosas blancas.

Por eso ahora,
en las hojas anchas
de la hiedra que tapiza,
te veo engarzada,
como si alabaras al cielo,
como si jugaras.

36- No lejos del rinconcillo, en otros tiempos hubo un huerto. Bien sabes que aquí en Granada, en casi todos los cármenes del Albaicín, del Realejo y la colina donde se eleva la Alhambra, hubo y hay pequeños huertos. Sembraban hortalizas, plantas ornamentales, cipreses y árboles frutales.

Cerca del sitio que, al caer la tarde, me sirve de refugio, crecen aun algunas plantas de aquel huerto. Almendros, ciruelos, higueras… Nadie ahora recoge los frutos que dan estos árboles. Maduran a su aire y, cuando ya están en su punto, se los comen los mirlos, los gorriones, las ardillas…

A veces, en estas últimas tardes del mes de agosto, voy y vengo o paseo por donde crecen las

higueras. Algunas de ellas me asombran con sus gruesos troncos, sus largas y densas ramas y la gran cosecha de higos que muestran. A pesar de los años, se ven muy sanas y con mucha fuerza. Me paro a su sombra y miro. En sus ramas se traban los higos muchos ya muy maduros y otros se derraman por el suelo. De tan maduros, se han caído. Y se los van comiendo, poco a poco, las hormigas y, los que no, en cuanto dentro de unos días llegue el otoño y caigan las primeras lluvias, se convertirán en alimento para la misma higuera.

Yo recuerdo
que al ir por estos sitios
en tus paseos,
te gustaba ver los árboles
de los huertos.

Los naranjos con sus flores,
los almendros,
en las acequias las higueras,
los ciruelos,
a la sombra de los cipreses,
los cerezos
y por las reguerillas el agua
siempre corriendo.

Tú eras primorosa princesa,
hermoso sueño
que un día te transformaste
en incienso
llevándote el mundo contigo
pero en el tiempo
indeleble por aquí ha quedado
tu recuerdo.

37- Ya se está acabando el verano. Desde mi rincón pequeño, lo veo cada tarde un poco. Y se nota más, justo en el momento en que el sol se pone.

Ahora, aunque todavía hace mucho calor, los días ya son más cortos. En cuanto el sol se marcha, refresca bastante y, las estrellas en los cielos de Granada, sobre la Colina Roja y Sierra Nevada, también brillan con un tono muy nuevo.

Al fondo de este rincón, algo lejos pero no mucho, se ven algunas de las calles de Granada. La plaza del centro y Plaza Nueva, con el río Darro. ¿Recuerdas aquellas tardes? Pues ahora, ya casi final de agosto, también los turistas se marchan. Al menos por estos sitios que he nombrado, hoy se ven muy pocos.

A ti te gustaba,
en las noches tranquilas,
pasear por la Alhambra
buscando estrellas en el cielo
y observarlas
entre guiños misteriosos
color naranja.

Ahora que el mes de agosto
se marcha
y los cielos se van llenando
de las mágicas
luces otoñales,
te añora el alma.

Porque siguen titilando las estrellas
en los cielos de la Alhambra
y sus parpadeos,
juegan en el agua
de las fuentes cristalinas
donde jugabas.

38- ¿Sabes? Cuando al caer las tardes me siento, solo en mi rincón, casi siempre hay dolor en mi alma. Medito en mi silencio y me pregunto por el paraíso que soñabas. Porque, desde que te fuiste, nada sé de ti. Pero no puedo olvidar que, a todas horas, soñabas con un hermoso paraíso.

¿Lo has encontrado? ¿Lo has visto? ¿Es como lo habías imaginado? ¿Llena tanto y sacia plenamente el hambre que todos llevamos en el alma? ¿No hay dolor en tu cielo ni soledad ni tristeza ni carencia de nada?

Sé que no puedes responder a estas preguntas pero, desde que te fuiste, no dejo de meditarlo. La soledad en la que me he quedado es tanta que, ninguna otra cosa me apetece, que irme a tu lado. Por eso para mí,

Un día menos
es un poco más
hacia tu encuentro
pero, una nueva tarde,
¿para qué la quiero?

Si, medito,
sueño,
me voy por los jardines
siguiendo tu recuerdo
y me paro en cualquier sitio
y contemplo.

Pero, tu paraíso,
¿En qué universo
eres ahora reina
y qué alimento
plenamente te sacia?

Espero
que una tarde más se vaya,
porque, un día menos,
es un poco más
hacia tu encuentro.

40- A pesar del tiempo que transcurrido, desde que te fuiste, no me acostumbro a tu ausencia. Pienso en ti, al comenzar la noche, al llegar el nuevo día, mientras el día lento corre y al caer las tardes. Pero sobre todo, sí, cuando la tarde cae.

Siempre, para sentirme algo mejor y mientras las horas corren y te echo en falta, me vengo al rincón pequeño. Y, como ya te he dicho, simplemente me siento frente al sol que cae y frente a la ciudad de Granada y espero. El caso es que no espero nada porque sé que no hay ninguna posibilidad de volver a verte. Pero ¿de qué otro modo puedo llenar este presente?

Y claro que en esta espera, una vez y otra, me pregunto por lo que ocurre ahora mismo y ha ocurrido antes en tu vida. ¿Con qué llenas las horas, qué espera y por qué luchas?

Tengo necesidad,
cada día que pasa,
un poco más,
de que al final de mi existencia
encuentre una eternidad,
un lugar lleno de luz
donde todo sea inmortal.

Sí, porque sino dime tú
toda la soledad
que, desde que te fuiste vivo,

mi ansia de amar,
mi deseo de encontrarte
y este tan largo esperar,
¿qué sentido tiene y tendría
si al final
todo desaparece
y tú no estás?

Pero no,
tengo necesidad,
es necesario que existas,
tú, un cielo y la eternidad.

43- Trece de septiembre. A primera hora de la tarde el cielo se ha puesto muy oscuro. Desde mi rincón pequeño lo estoy observando. Por eso he visto que, al fondo, por donde la ancha Vega de Granada y las montañas a lo lejos, las nubes han cubierto por completo. Como lo hacen en los mejores y más crudos días del invierno.

Unas horas después, han estallado grandes truenos, se ha puesto a soplar el viento y, al rato, las lluvias han caído. No con mucha fuerza pero sí en gran cantidad. También como en los mejores días del invierno.

Sentado en la silla de hierro que tengo bajo las espesas ramas de hiedra, he observado despacio. Como embelesado en esta lluvia, en el viento y en las nubes negras. Y, mientras te he meditado, para mí, he susurrado: “Se acaba el verano. El otoño llega y con él las lluvias, un poco el frío y el olor a tierra húmeda mezclado con las primeras setas”.

A tierra mojada
huele ahora mismo
toda la Alhambra,
los bosques que le rodean
y Granada.

Son las primeras lluvias
que el otoño regala
y los primeros fríos
y gotas de agua
en la tarde
del verano que acaba.

Te regalo la escena
toda en sí preñada
de tu ausencia
y, en el alma,
el dolor pequeñito
que te busca y te llama.

44- Cuando cae la tarde de este día quince de septiembre, miro al cielo desde mi rincón pequeño. Y hoy, al igual que cualquier otro día o quizá con más fuerza, necesito que estés. Las primeras lluvias del otoño ya están aquí. Han mojado el suelo, han lavado las hojas de las plantas y han extendido, por todos lados, una gran ola de olor a tierra mojada.

Sí, te cuento: hace solo unos días, se presentaron las primeras nubes realmente buenas. Bajaron las temperaturas y cayeron los primeros chaparrones. Por entre los jardines de la Alhambra, por la ciudad de Granada, por la Vega y también por las altas cumbres de Sierra Nevada. Pero, en esas cumbres, lo que cayó fueron copos de nieve. La primera nevada del año, en los primeros días del mes de septiembre. Fíjate tú.

Y hoy, justo ya en la mitad del mes, las tormentas han vuelto. A primeras horas de la tarde y dejando un buen chaparrón. No hace mucho frío pero sí, el ambiente y tan solo en unos días, se ha vuelto por completo otoñal. Y desde luego que hermoso como pocas cosas en Granada. Por eso hoy, más que otros días, echo de menos que no estés.

Qué bonita la tarde
con tantas nubes blancas
colgadas en el aire
y tanto olor a otoño
por entre los árboles.

Qué preciosa Granada
por entre los encajes
de las primeras nieblas
de este otoño amable
que llega
como a llevarme.

Si estuvieras
en esta hermosa tarde,
qué fantasía más bella,
dulce y grande
justo donde en la tierra
más cielo ya no cabe.

48- Hoy es ya uno de octubre. Se pone el sol frente a mi pequeño rincón de la hiedra. Ahora mismo, las hojas de esta planta, compañera de mis tardes y meditaciones, brillan con mucha fuerza. Con mucha más fuerza y vigor que ningún otro día del año. ¿Sabes por qué?

Ayer por la tarde hubo una gran tormenta. Con mucho viento, muchos relámpagos y truenos y con un mar de agua. En tan solo unos minutos cayó tanta agua que,

todas las laderas, paseos y jardines en esta colina de la Alhambra, se inundaron. Tanto que se formaron cientos de arroyuelos que arrastraron hojas, ramas, pasto, tierra y piedras. Y por eso, en la misma ciudad de Granada, también las calles y plazas se anegaron.

Sin embargo, media hora más tarde, salió el sol, se fueron las nubes y desaparecieron todos los arroyuelos. Aunque la tierra se quedó empapada, las hojas de las plantas bien lavadas y todo el paisaje, con un brillo que daba gusto verlo. Y esta tarde, al ponerse el sol y un día después de la tormenta, sobre las hojas de la hiedra que arropa a mi rincón pequeño, reverbera una luz bellísima. Es la misma luz que el sol cada día derrama por aquí pero hoy, como la lluvia ha dejado todo tan limpio, parece como si fuera nueva. También como si esta planta hubiera nacido esta noche pasada y por eso su piel muestra tanta suavidad y delicadeza.

Una tarde más
que se quiebra
sobre la ciudad de Granada
y su vega
irradiando una luz tan viva
que se refleja
hasta en el mismo corazón
del airecillo que besa.

Huele a fresco
toda la tierra,
a otoño nuevo
que se entrega
con más dulzura que nunca
y con más fuerza.

Fin del capítulo primero de los cinco en que están divididos los escritos en las páginas del viejo cuaderno que me regaló.

A modo de conclusión

1- Ya casi de madrigada termino de leer el cuaderno. Y ahí mismo, en la mesa donde he estado sentado, me quedo dormido. Con el viejo librito entre mis manos y con la imagen de su figura en mi cerebro. Y me despierta el canto de un mirlo, cuando ya el día llega casi a su centro. Miro por la ventana, acaricio el cuaderno, pienso en él mientras en el alma me duele ahora su recuerdo.

Unas horas más tarde salgo a la calle. Recorro la distancia que hay desde donde vivo hasta la Fuente del Avellano, con el deseo de verlo. Con el sol de la tarde derramándose por entre los bosques de la umbría de la Alhambra y con el calor asfixiando. Y por donde la Fuente del Avellano, por donde el camino y la sombra del almez, lo busco con gran interés. No lo veo ni descubro señales de él. Tampoco por la Cuesta del Rey Chico ni por los jardines que rodean a la Alhambra.

Ya de noche regreso y al día siguiente vuelvo a buscarlo. En esta ocasión por donde me lo encontré la última tarde: Puerta de la Justicia, Puerta del Vino, Plaza de los Aljibes y rincón por donde la Torre de las Gallinas. Por todos estos sitios miro despacio con la esperanza de verlo y con cierta tristeza en el corazón. Porque es como si, a pesar del breve encuentro de aquella tarde, ahora lo necesitara. Y, al no verlo ni saber de él, el corazón me llorara y me siento triste. Y también porque ahora sí tengo gran necesidad de preguntarle no una sino millones de cosas. Pero en esta tarde tampoco encuentro de él ninguna señal.

Ni al día siguiente ni al otro ni al otro. Pero y, con cada vez más ganas y necesidad de encontrarlo, vuelvo de nuevo al quinto día y al sesto. Todas las tardes sin faltar ninguna y a lo largo del verano, regreso puntual a la Puerta del Vino y al Pilar de Carlos V. Y solo turistas, una vez y otra, descubro por estos sitios. Grupo de personas mayores y grupos de de jóvenes, acompañados de sus profesores. Indiferentes todos ellos a mi pena y deseos y sin ninguna referencia de él.

Recuerdo, una vez y otra, sus palabras: “Los turistas, la mayoría de las personas que por aquí vemos, no tienen ojos para descubrir más allá de las piedras de estos monumentos”.

Va corriendo el verano y el otoño comienza a hacerse presente. De los árboles en los bosques de la Alhambra, las hojas empiezan a caer. También se abren y ruedan por las acequias, las doradas castañas y las primeras lluvias del otoño. Brotan las setas por entre la espesura de los jardines y bosques, aparecen los musgos y las primeras señales del invierno. Con sus largas noches heladas y con algunos días de nieve. Puntual cada tarde regreso buscándolo y, por donde más, es justo por donde la Puerta del Vino.

En una de las pequeñas paredes que subiendo hay a la izquierda, me siento muchas veces. Siempre con el viejo cuaderno entre mis manos, siempre mirando a un lado y otro esperando verlo. Por entre los turistas que suben y los que se alejan por el hueco de la Puerta del Vino y con su saco acuestas. Pero no aparece y el invierno sigue avanzando. Con abundantes lluvias un día y otro y con grandes nevadas sobre las altas cumbres de Sierra Nevada. Pasa un día y otro y siempre con la misma ausencia y por eso, como si un enorme vacío se palpara

en todos los rincones, palacios y jardines de la Alhambra y calles y plaza de la ciudad de Granada.

2- Ho es ya dieciséis de febrero. Cae la tarde, en el cielo hay grandes nubes negras y blancas, sopla el viento y los árboles se queja como heridos. No llueve pero sí por momentos caen algunos chaparrones. Todavía es invierno y por eso la temperatura es fría. Casi a cero grado ha bajado la noche pasada en Granada. Y la nieve, sobre las altas cumbres de Sierra Nevada, se ve blanca, desde muchos de los rincones de la Alhambra.

Casi seis meses han pasado desde que lo vi por primera vez, aquella tarde de verano por el camino de la Fuente del Avellano. Y también casi el mismo tiempo ha transcurrido desde la tarde que estuve con él y me regaló el cuaderno. Mucho tiempo que lentamente ha ido transcurriendo sin tener la más mínima noticia. Y ni una sola tarde he dejado de venir a buscarlo por los sitios que creo puedo encontrarlo. Cada tarde, cada día, cada noche y mañana, he vivido pendiente de él y cada vez con más deseo de volverlo a ver.

Ahora mismo, mientras la tarde de este día dieciséis de febrero se marcha, estoy sentado en el muro de piedra. La pequeña pared que por el lado norte sujeta parte de la explanada de la Plaza de los Aljibes y queda frente a la Torre de las Gallinas. Porque pienso que este es un buen sitio para verlo si por aquí aparece. Y, mientras aquí sentado espero, tengo a mi lado su viejo cuaderno. Para leer de vez en cuando y para tener preparadas las mil cosas que cada día pienso y quiero preguntarle.

Miro a un lado y otro y a las personas que van y vienen. Miro a la tarde y a las nubes negras y blancas que se abren y alejan por el cielo y lo espero. Y a ratos hasta

creo que esta historia no es real sino sueño. Y a ratos también pienso que el tiempo ya ni existe. Que él y lo que hay escrito en el cuaderno, este deseo mío de volverlo a ver, es algo irreal y que de ningún modo puede encajar en lo material y el tiempo. Pero en el alma, dentro de mí, hay un vacío extraño desde aquel día del encuentro. Como si ahora ya no fuera capaz de ver por aquí, al modo en que otras veces sí, ni los árboles ni las piedras de las murallas porque estuviera viviendo en otra dimensión. Al otro lado del tiempo y de los muros y piedras de todos estos rincones de la Alhambra.

Quizás por esto me preparo para dejar de escribir y poner fin a esta historia. Voy a seguir aquí sentando todo lo que le queda a la tarde y volveré mañana y pasado y al otro y así durante mucho tiempo. Sin dejar de esperarlo hasta que lo vea de nuevo. Pero creo que ha llegado el momento de despedirme. Y quiero hacerlo rogando que, cuando alguien lea esto que escribo y venga por estos rincones de la Alhambra, que mire siempre atento.

Y sin en algún momento ve a una persona con un saco acuestas y vestido con una túnica azul, que me lo diga. Puede que sea el príncipe de la historia que dejo escrita. Yo lo estoy buscando, lo espero, necesito verlo para preguntarle un millón de cosas.

Granda 16-02-2010